Nuestras propias historias



Leyendas y tradiciones IV

MINISTERIO DE **EDUCACIÓN**





Leyendas y tradiciones

IV

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978 9942 22 350 0

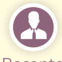
Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular









Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los “escritores profesionales”, hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

Luis Zúñiga
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice




GISELA VERÓNICA BUÑAY
estudia en la Unidad Educativa Santiago de Quito.

El pillallau

La historia cuenta que una vez existía una familia pobre; en esa época, como no llegaba la electricidad al campo, vivían solo con los llamados candeleros.

Una noche, cuando la madre estaba cocinando la comida en la leña —lo que se conoce como *tushpa*—, el niño empezó a ponerse resabiado y no hizo los mandados. Ella lo dejó. Después, cuando la comida estaba lista, ella lo llamó a servirse la merienda, pero el niño no quería comer. Ella se sentó junto a la puerta y le rogó que



comiera, pero el niño, necio, no lo hizo. La madre finalmente se enfadó y le dijo que si no quería comer, el *pillallau* se lo comería. Sin embargo, a él le dio lo mismo.

Ella salió de la cocina a dormir y apagó el candelero. El niño se quedó en la cocina, y como estaba haciendo frío, se sentó junto a la *tushpa*. Su madre le dijo que fuera a dormir y lo intentó asustar con el *pillallau*, pero el niño no hizo caso y se puso a llorar. Después de un rato, empezó a gritar:

—¡Mamá, mamá, el *pillallau* me está comiendo el pie!

Pero la madre pensó que era mentira, así que le dijo:

—*Mikuy pillallau, mikuy, chay respondón wamprata*.

Al momento, el niño gritó:

—¡Mamá, ya me está comiendo la mano! —Pero la madre le respondió lo mismo.

Al final, el niño dijo:

—¡Mamita, mamita, ya no voy a ser malcriado! Te haré caso en todo lo que tú me digas, pero por favor ayúdame que ya me está comiendo el cuerpo.

La madre no le creyó y le repitió lo mismo que le había dicho.

Después de un tiempo el niño se calló, por lo que la mamá pensó que se había dormido de tanto llorar. Salió del cuarto, prendió el candelero y fue a verlo, pero se llevó una gran sorpresa: el niño no había estado mintiendo, el *pillallau* se lo había comido y, después de hacerlo, había dejado envueltas las tripas del niño en la parrilla.



PATRICIO FERNANDO LARA
nació en El Ángel, Carchi, en 1963. Trabaja en la Unidad Educativa Libertad. Su actividad favorita es ser docente.

Mi amigo Moisés

Mi amigo Moisés era alto y casi no usaba sombrero. Había tenido veinte hijos con sus dos mujeres. Vivía junto al nuevo puente Ayora y cultivaba la tierra con amor. Era bueno y siempre compartía a sus amigos los frutos cultivados con sus manos. Era fuerte porque decía que se había tomado el agua de las raíces de cerote, eucalipto y chonta. Le gustaba salir los días lunes de feria y pegarse los tragos.

Un día nublado de invierno, cuando por la noche regresaba a su hogar por la Panamericana, chumadito, murió atropellado por un vehículo que transitaba velozmente por ese lugar. Amigo, yo sé que Dios te tendrá cultivando las más hermosas flores en el paraíso.

Una de esas tardes soleadas de mi pueblo, sentados en una banca envejecida de tiras de madera, en el corredor de tierra de su casa campesina, me contó la siguiente historia.

Bajo el puente nuevo, existía una pequeña cocha de agua muy caliente y cristalina que bajaba del Iguán. Siempre se iba a bañar allí, y escuchaba unos gritos aterradores. El señor alcalde quiso hacer turístico este lugar: contrató una máquina pesada para que hiciera el sendero y luego, ya en la orilla del río, apilara con su brazo mecánico las enormes piedras a manera de muro, para que protegiera el balneario que había arreglado haciendo una pequeña piscina con el agua termal que brotaba de debajo de una piedra. Lamentablemente, el río creció y lo tapó completamente.

Cuenta la leyenda que era casi imposible construir el puente y que el ingeniero contratista había hecho un pacto con el diablo para terminarlo, pero con la condición de que llevara muchas almas de personas jóvenes, tanto hombres como mujeres. Muchas personas se han botado de ese lugar altísimo y se han estrellado contra las piedras del río; además, ha ocurrido infinidad de accidentes, como volcamientos de vehículos, motos y otras muertes trágicas. Si usted viaja hacia Ibarra o Quito, podrá constatar que, antes de llegar al puente, en el lado derecho, hay varias cruces al filo de la carretera.

En una ocasión, la máquina estaba en la orilla del río, justo bajo el puente. El propietario tenía temor de que le robaran el motor o

le hicieran un grave daño a la maquinaria, pero nadie se atrevía a cuidárselo por la noche, por el miedo. Entonces don Moisés aceptó el trabajo y se fue acompañado de sus perros, Kaiser y Laica.

Mientras dormía en la cabina, se despertó asustado por los aullidos desesperados de los perros, quienes huyeron despavoridos, a eso de las doce de la noche. Entonces se sentó y vio, a su lado, a un ser con terno negro que le sonreía diabólicamente. Desesperado, quiso salir corriendo, pero no podía. Tampoco podía gritar, solo acariciar el escapulario que tenía en su cuello. Finalmente ese ser desapareció, pero a través del parabrisas vio que iba por el río con un látigo en la mano, arriando a las almas que exclamaban ayes lastimeros. De pronto se abrió un portal del



cual salía humo y llamas de fuego, e ingresaron en él con gritos espantosos y desgarradores.

Don Moisés se bajó desesperado de la cabina, subió corriendo el chaquiñán, llegó a la Panamericana, cruzó el puente y llegó a su casa botando espuma por la boca y a punto de desfallecer. La señora Nélida lo curó con oraciones, tabaco y agua bendita, y poco a poco se fue recuperando. Después me conversó que esas almas eran de las personas que se habían suicidado, y que solo Dios nos da y nos quita la vida, cuando llega el día de partir.



ANAIZ CRISTINA SUÁREZ
nació en Moraspungo, Cotopaxi, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Moraspungo. Su actividad favorita es el fútbol.

Martes de Carnaval y los demonios

Según cuenta la leyenda, en la parroquia La Magdalena, de la provincia de Bolívar, vivía un señor llamado Saúl Acurio. A él le encantaba salir a la casa de sus amigos siempre acompañado de su guitarra y su tambor.

El martes de la semana de Carnaval, la madre de Saúl, una señora trabajadora, honesta y cariñosa, le pidió a su hijo que

respetara el día sagrado, porque en él los demonios salían a celebrar. Saúl no creía que existieran, así que no le hizo caso. Desobedeciendo a su madre, salió tranquilo de su casa con su guitara y su tambor.

Mientras iba caminando, se le apareció un señor vestido con un traje muy elegante, cautivador, con cadenas de oro y montado en un caballo muy bien tratado y de pelaje brillante. Este señor le preguntó:

—¿A dónde vas, Saúl?

—Me estoy yendo a la casa de un amigo a hacer el Carnaval.

—¡Vamos, te llevo! —le dijo el señor.

Saúl aceptó y subió al caballo. Mientras iban cabalgando, el caballero le preguntó:

—¿Quieres ir a una fiesta donde hay mucha comida y mujeres preciosas?

Saúl, impresionado por la invitación, cedió, pero este jinete le dijo que cerrara los ojos. Saúl le hizo caso y, cuando los abrió, estaban en una casa donde había todo lo que le había dicho. Muy feliz, entró y se encontró con unas chicas hermosas vestidas con muy poco; además, mucha comida y bebida.

Saúl empezó a tocar la guitarra mientras los demás bailaban. Por su parte, su madre estaba muy preocupada en su casa, porque Saúl no llegaba. Pensó que su hijo había muerto, por lo que empezó a velar su ropa junto con sus vecinos y amigos, todos estremecidos por la “noticia”.

En la fiesta donde Saúl estaba seguían bailando. Él, ya preocupado, le dijo al caballero que tenía que irse a su casa, pero él le respondió:

—¡Saúl, primero come un poco!



A Saúl le sirvieron una bandeja con mote, gallina, fritada y mucha ensalada. Ya no alcanzaba a comer, así que metió la comida en la guitarra y pidió nuevamente que lo llevaran a su casa. El señor montó en el caballo y le pidió otra vez que cerrara los ojos; en un instante estaban donde se habían encontrado al inicio.

Su madre lo recibió con lágrimas en los ojos, y Saúl le dijo:

—Mami, no llore, que no me fui mucho tiempo. Solo fueron tres horas.

En eso, la madre le respondió:

—No, hijo, te fuiste ocho días y pensé que te habías muerto.

Saúl, preocupado por lo que la madre decía, recordó que tenía comida en su guitarra:

—Mami, mejor caliente las *guanllas* que está en la guitarra.

Cuando quería hacerlo, observó que el mote era caca de gallina, las presas de pollo eran piernas de guaguas recién nacidos, la fritada eran insectos y la ensalada, muchos gusanos.

Saúl se dio cuenta de que el caballero que lo había invitado a la fiesta no era alguien común y corriente, sino el mismísimo demonio. Desde ahí, Saúl prometió nunca más salir los martes de Carnaval, y también dejó de tocar la guitarra.



CARLOS LIBARDO ENRÍQUEZ
nació en Huaca, Carchi, en 1959. Trabaja en la Unidad Educativa San Isidro. Sus actividades favoritas son escribir cuentos, poesía y canciones, y cantar.

El llanto falso

Comenzaba la docencia, allá por inicios de los años ochenta, en una comunidad llamada La Esperanza, ubicada al noroccidente de la provincia del Carchi. En la hoy parroquia de Chical, en ese entonces parroquia de Maldonado, en la escuelita pluridocente Humberto Aristizábal.

El sector fronterizo gozaba de un clima cálido húmedo con olor a guayaba, y allí se cultivaba gran variedad de frutas: piñas,

papayas, plátanos, limones, naranjas, guabas y otros. También se cultivaba yuca y, lo que es más, caña de azúcar, de donde se extraían la panela, la miel y el chancuco, aguardiente que se servía en las innumerables fiestas que se solían celebrar.

La gente era muy cordial y alegre, llena de creencias y costumbres sobrenaturales propias del lugar, que se contaban en las tardes de lluvia en el fogón de la cocina, construida de caña guadúa o de chonta, con cubierta de hoja de bijao o de palma de chonta.

La alimentación era muy tradicional: aprovechaban los productos del medio, como el verde o el maduro acompañado de huevos o carne de algún animal silvestre que cazaban en el monte.



Yo vivía con mi familia: mi esposa, Zoila Judith, que también era docente en la misma escuela, y mi hijo, llamado Carlos, que tenía apenas cuatro meses de nacido. Habitábamos en la escuela antigua de madera que quedaba a continuación de la nuestra.

Un domingo a eso de las seis de la tarde, regresando de la loma, que era el lugar de reunión de la comunidad, nos aprestábamos a preparar la merienda y al niño pequeño lo habíamos recostado en el dormitorio, cuando algo muy extraño ocurrió: mientras preparábamos los alimentos, el pequeño lloraba con desesperación, así que corrimos a socorrerlo. Sin embargo, lo encontramos profundamente dormido. Regresamos a la cocina y otra vez escuchamos el llanto desesperado; volvimos a la habitación y lo encontramos muy dormido. Nos preocupamos, así que fuimos a inspeccionar el camino por si acaso hubiera pasado alguien con un niño pequeño, pero no había nadie.

Al siguiente día, contamos lo acontecido a los comuneros. Lo que nos pudieron decir fue que eso ya era común, que pasadas las seis de la tarde lloraba un niño llamado "el guagua auca", pues algunos años atrás una mujer había lanzado al pozo de agua un feto de un niño.

Desde ese día, los ruidos continuaban en la escuela. Con decirles que en la cocina danzaban los espíritus al son de un ritmo de percusión; los utensilios caían al piso. Al otro día madrugábamos para observar y todo se encontraba en orden, en su lugar.

Hasta que una noche, mientras llenaba las libretas de calificaciones alumbrándome con una vela, se escuchó la voz de una mujer cerca de la ventana:

—¡Don Carlos!

Me asusté. Desperté suavemente a mi mujer y le pregunté si había escuchado; ella me contestó que sí. De la misma manera,

conversé al otro día con los comuneros y jocosamente se me rieron. Me dijeron que debía contestar “¿Qué quieres: darme o te doy?”, frase que no entendí.

Llegó el día de salir a nuestro lugar de residencia, San Isidro. Allí aproveché para ir donde el cura de la parroquia a pedirle agua bendita para llevar y regar por toda la escuela.

Al parecer, desde ese día todo cambió, porque de la Dirección de Educación me llegó una comunicación: a mi esposa y a mí nos removían del trabajo. Pensaba que entonces se acabaría todo, pero lo que no les cuento es otro capítulo que yo no viví. Quien tendría que contarlo es la profesora que me reemplazó…




WILMER OSWALDO GUAIRACAJA
nació en Columbe, Chimborazo, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Abya Yala. Su actividad favorita es leer.

El hermano pobre y el rico

Había una vez un hermano que era pobre y otro que poseía muchos bienes. Un mes hubo una fiesta y al hermano pobre lo nombraron prioste.

Cuando se enteró, se puso tan triste que no supo qué hacer: solo tenía unas pocas cosas en la casa, que, se le ocurrió, podría sacar para vender. Pero tenía que viajar muy lejos para llegar a la

feria y en medio camino se le hizo de noche. Justo encontró una casa botada y entró en ella para poder descansar y continuar al siguiente día.

Poco después entraron unas personas extrañas. Comenzaron a conversar sobre los días de la semana, pero solo recordaban hasta el sábado; se preguntaban cuál venía después y ninguno daba con la respuesta. Entonces, el hombre que estaba escondido dijo con miedo:

—¡Domingo!

Todos lo felicitaron y le preguntaron a dónde iba con aquellas cosas. Él les respondió diciendo:

—Me nombraron prioste de una fiesta, pero soy pobre y no tengo dinero para realizar esa actividad.



—Nosotros te recompensaremos con mucho oro y plata por ayudarnos a recordar el último día de la semana —dijeron ellos, y así lo hicieron.

Con ese dinero hizo la fiesta más grande de esos tiempos. Su hermano rico le preguntó:

—¿Cómo lo hiciste? ¡Salió la festividad más bonita que nunca he visto!

Cuando el hermano pobre le contó cómo habían sido las cosas, al otro le dio envidia y quiso hacer lo mismo: fue a la casa botada a esperar a aquellos hombres extraños. Cuando llegaron, estos fingieron que no recordaban los días de la semana y desde el lugar que estaba el hombre gritó con mucha felicidad:

—¡Domingooo!

Pero ellos le dijeron:

—Tú estás aquí por envidioso.

Y no lo recompensaron. Es más, lo mandaron tras ponerle cachos y cola, como a un demonio.




CLEDYS NAYELI PUENTESTAR
nació en San Isidro, Carchi, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa San Isidro. Su actividad favorita es escuchar música.

El sirviente y el buey

Estuardo, de trece años de edad, salió desde el sector de Hoja Blanca, lugar donde vivía con sus padres, a la ciudad de El Ángel, con la finalidad de hacer algunas compras. Puso el aparejo y las árguenas sobre una yegua castaña pequeña y se marchó. Tras cumplir con el mandado, regresó a su lugar de origen.

Al retorno desde el río Tuzcuaza, Estuardo distinguió una luz a la altura del sitio conocido como El Cascote. El objeto extraño dio



un salto y desapareció. Como el pequeño se encontraba a unos cuantos kilómetros, no divisó con exactitud dónde había quedado.

Pasó un largo tiempo, Estuardo ya tenía dieciocho años de edad, cuando en un grupo de amigos salió a flote la conversa de las huacas. Algunos indicaban las características con que se identificaba dónde existía alguna. Conforme fluía el diálogo, en la cabeza de Estuardo se conjugaba el hecho que había visto hacía tantos años cuando regresaba de la ciudad de El Ángel.

El joven estaba un poco temeroso, porque tal vez sus amigos no se iban a convencer del relato que preparaba en su cabeza. Finalmente se decidió por contar lo ocurrido cuando él era un adolescente. Los acompañantes pusieron mucho interés en la narración, hasta que Luis, uno de los jóvenes, el mayor del grupo, que se encontraba entre los curiosos, exclamó:

—¡Eso es una huaca!

El grupo se quedó inmóvil, y decidió planificar una aventura fijando el día y la hora.

Los aventureros llegaron con exactitud a la cita. Tomaron rumbo hacia el lugar indicado y, con las herramientas necesarias, fueron ubicando el sitio, hasta que las varillas cuadraron.

—Aquí es el lugar —dijo Luis.

Los exploradores se dividieron las tareas para el trabajo. Dos cavaban y uno cuidaba que no llegara el dueño del terreno. Estuardo fue escogido para la guardia. Pasado algún tiempo, vio que a lo lejos un buey barroso, grande y de ojos brillantes, se acercaba con furia al lugar. El animal arrastraba al sirviente que lo acompañaba. Hombre y toro se acercaban más y más, faltaban pocos metros para que llegaran al lugar de la excavación. Entonces, Estuardo decidió avisar a los cavadores lo que acontecía afuera:

—Vean, vean, viene don Frías. ¡Nos va a descubrir!

—Estemos quietos hasta que pase —sugirieron.

No sintieron ningún ruido. La aguja del reloj dio varias vueltas. Los jóvenes observaron que había calma en el lugar y nuevamente empezaron con los trabajos, pero esta vez el hueco quedó endurecido, estaba cubierto de una gigante roca. El objetivo se truncó, y los huaqueros regresaron apenados por el fracaso.

Los jóvenes, a día seguido, se encontraron nuevamente. Al grupo se unió Ismael, una persona adulta. Empezaron a murmurar sobre lo sucedido la noche anterior pero, inmediatamente, Ismael interrumpió el diálogo:

—¡Qué brutos que son! Ya han estado cerca de coger la huaca. El toro con el sirviente era solo una ilusión. Se apareció porque el tesoro estaba envuelto en cuero de res.

Los jóvenes, luego de la recriminada, no atinaban qué decir.



LUIS ALBERTO VILLA
nació en Chambo, Chimborazo, en 1968. Trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Daniel Evas Guaraca. Su actividad favorita es la música.

Don Guaraca y la cueva

En un lugar muy silencioso de mi Ecuador maravilloso se encuentra una elevación a la que se denomina la loma de Pushi, cuyas entrañas todos los soñadores desean explorar, y en la cual manifiestan que existe una ciudad encantada, que al parecer no todos tienen el privilegio de visitar.

Comenta la gente de dicho lugar que aproximadamente hace unos ochenta años existía un señor denominado don Guaraca,



cuya descendencia todavía existe. Un día como todos, don Guaraca pastoreaba sus ovejas por las faldas de la loma de Pushi. En un momento inesperado observó una cueva con unas moras muy grandes y jugosas, y procedió a recogerlas. Más allá de la cueva había una luz resplandeciente, hacia la cual caminó, y apareció una ciudad en la que vivían personas que ya habían fallecido.

De pronto se acercó a él un amigo de la infancia que había muerto y lo saludó muy atento. Con él dialogó, y al percatarse de que habían pasado algunos minutos, decidió salir del lugar. El amigo le ofreció que se llevara unas naranjas, un puñado de mote blanco para que se comiera y un poco de mote negro para que se lo botara a dos perros negros que encontraría a la salida.

Al salir de aquella ciudad, las naranjas que llevaba se pusieron duras. Cuando las observó, ¡se dio cuenta de que se habían convertido en oro! El mote blanco, asimismo, se había transformado en plata, y los motes negros que llevaba eran escarabajos. Buscó a sus ovejas y, al no encontrarlas, retornó a su casa.

Sus familiares los recibieron con mucha alegría, ante lo cual, sorprendido, preguntó:

—¿Qué sucede?

—Hace ya un año que te ausentaste, y no había rastros de tu presencia —le contestaron.

Asombrado, manifestó que solo había estado en aquella montaña unos minutos, y les entregó las naranjas y los motes que llevaba en una esquina del poncho.

La montaña existe, y dicha cueva ha sido tapada, ya que manifiestan los que conocen del lugar que el ganado vacuno desaparecía al ingresar allí.




ÁNGEL ARGENIS GOYES
nació en Esmeraldas, Esmeraldas, en 1982. Trabaja en la Escuela de Educación Básica Creciendo al Futuro. Sus actividades favoritas son leer y jugar baloncesto.

El hombre descarao

Hace mucho tiempo nació un chiquillo, a quien llamaremos Andrés, un niño muy carismático pero sobre todo inteligente y curioso. Cuando tenía apenas cuatro años, escuchaba muchas historias contadas por su abuela.

Una noche, en la sala de su casa, a la luz de un mechero, la abuelita empezó a narrar la historia de un hombre muy extraño, cuyo rostro nadie había podido ver; por ello, lo llamaban "el hombre descarao". Acostumbraba a llevarse a los niños



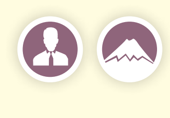
inteligentes y les sacaba el cerebro, los ponía en frascos con agua y los coleccionaba; de esta forma no habría muchas personas inteligentes en el pueblo.

En cierta ocasión, Andrés decidió salir a orinar al patio de su casa a altas horas de la noche; al parecer, se olvidó del terror del pueblo. De pronto escuchó unos susurros muy fuertes que estremecían los huesos y hacían poner los pelos de gallina. Al verse entre tanta tiniebla, corrió de prisa hacia la puerta de la cocina, pero sin darse cuenta tropezó con el fogón, que estaba atizado, y con un perol lleno de leche que recién había terminado de hervir. La leche le cayó encima y el pobre niño se quemó toda la espalda.

Enseguida toda la casa fue un solo llanto ante las heridas de Andresito. Su querida abuela lo tomó y empezó a curar sus heridas con muchos menjunjes y plantas que conocía. Tuvieron que pasar cerca de cuatro meses para que estuviese recuperado y corriendo por toda la casa. Pero Andrés no había dejado de pensar en aquel hombre malo y terrorífico, así que decidió enfrentarlo.

Una noche, lleno de valor y armado con una escoba y una capucha, pero sobre todo con la mayor bendición de su mamita, salió y se encontró con el hombre descarao. ¡Vaya sorpresa! Era nada más y nada menos que su querido tío Willy, a quien le encantaba cubrirse con andrajos y sombrero para asustar a los niños que no hacían caso a sus padres.

Desde aquel día, Andresito se convirtió en una persona mucho más servicial y solidaria. Además de ello, aprendió de su abuelita mucho de la medicina tradicional, como a curar el mal de ojo, el susto y el mal viento. Se rumora que ha ayudado a muchas personas a sanarse de estos males.



NANCY JEANETTE ROMERO
trabaja en la Unidad Educativa Guapara.

El cañaveral encantado del pueblo de Guapara

Hace aproximadamente cincuenta años, en el recinto de Guapara se contaba la historia del cañaveral encantado del pueblo. En fechas tradicionales como el Carnaval aparecía una linda doncella con cabellera muy larga y negra, de silueta enmarcada y bellas



caderas. Vivía en medio del cañaveral, sentada en medio de una piedra muy grande, y cada noche aparecía cepillando su hermosa cabellera, esperando que algún borrachito pasara por allí. La llamaban la Sacha Runa.

La gente del pueblo era muy carnavalera y bailaba al son de los tambores, comía chigüiles y tomaba aguardiente, pero después del festín tenía que regresar a casa y pasar obligadamente por el cañaveral encantado. Para su sorpresa, se les aparecía la Sacha Runa, que, además de lo ya dicho, tenía algo especial: sus pechos eran tan pero tan largos que se los colocaba para atrás para no arrastrarlos. Los borrachitos que pasaban por allí, al mirarla bien, salían corriendo del susto, y de tanto que corrían se caían

y se quedaban dormidos. La historia dice que la bella doncella se los llevaba y, al empezar el día, los dejaba botados solos en el cañaveral.

Cuando era muy pequeña, yo vivía en ese recinto y cada vez que pasaba por el cañaveral me acordaba de la historia que me contaba mi madre. Tenía curiosidad por conocer a la doncella, pero era una historia de antaño, creada para los borrachitos de ese entonces. La seguiré contando a mis hijos porque el cañaveral encantado está ubicado en los terrenos de mis padres.




JANETH GUERRA
nació en Urcuquí, Imbabura, en 1969. Trabajo en la Unidad Educativa Urcuquí. Su actividad favorita es leer.

La Virgen de Dolores

En mi niñez, cuando Urcuquí tenía pocas casas, no había alumbrado público y las calles aún eran empedradas, los niños podíamos caminar sin peligro. Llegábamos de la escuela y en la tarde, luego de realizar las tareas, nos reuníamos con los vecinos del barrio a jugar, claro, los tradicionales juegos de aquella época: el trompo, las tortas, la perinola, la gallina con pollos, las quemadas, la gallina

ciega, la rayuela y tantos más que hacían que las tardes estuvieran llenas de alegría y diversión.

Al llegar cansada a mi humilde casa, me esperaba mi abuelita Rosario, quien se encargaba de nuestro cuidado mientras mi madre trabajaba. Tenía listo un rico tostado yanga o de tiesto, el cual nos parecía una delicia porque en ese entonces no se conocían el aceite ni la manteca vegetal, ingrediente que en la actualidad se utiliza para este alimento nutritivo. Luego, para llenar el estómago, nos hacía una agüita de cedrón con tortilla de harina de trigo, sal y agua. Solo de pensar en ello mi paladar y mi pensamiento se transportan a esos tiempos y deseo desde lo más profundo de mi alma saborear aquellos manjares, que aunque sin muchos ingredientes eran los más deliciosos del mundo.

Al llegar la noche, como aún no teníamos televisión, porque nuestra situación económica no nos lo permitía, la abuelita Rosario se sentaba en el umbral de la puerta y nos detenía a todos con ella, para que no entráramos al único cuarto de dormitorio que teníamos para los seis hermanos que ahí vivíamos. Nos prohibía además prender la luz, porque decía que se gastaba y no había para pagarla. Un poco enojados, nos quedábamos con ella hasta que el sol se ocultara por el cerro Cotacachi. Para distraernos nos decía:

—¿Quieren que les cuente una historia?

—Bueno —decían mis hermanos, un poco tristes.

Yo, por mi parte, me emocionaba mucho y con alegría esperaba una historia nueva, que hacía que mi pensamiento se transportara a otros lugares y tiempos; era la única que en verdad disfrutaba de esos momentos inolvidables.

—¿Y ahora qué nos va a contar, abuelita? —preguntaba yo.

Y mi pobre abuelita, con una sonrisa en los labios, me decía:

—Como siempre, la impaciente no puede esperar. —Y luego soltaba una carcajada hasta que, de pronto, de sus labios salían las palabras mágicas—: Hoy les voy a contar cómo apareció la Virgencita de Dolores, que cada año sale en el anda de la procesión de Semana Santa.

Yo, llena de prisa, le dije:

—¡Cuéntenos, abuelita, cuéntenos!

—Espera, mija. Ten paciencia.

Por el año de 1820, Urcuquí no se encontraba asentada en este lugar, sino en la Plaza Vieja, a cinco minutos de lo que hoy es el centro. Fue ahí a donde llegó un burro cargado con un bulto. Los pobladores, al ver al animal solo, empezaron a preocuparse, hasta que uno de ellos decidió inspeccionar lo que llevaba. Varias horas había estado parado el pobre animal, como deseando que alguien se animara a mirar lo que traía.

El hombre que se había acercado al asno se sorprendió tanto que empezó a gritar:

—¡Miren lo que hay! ¡Vengan todos a ver! Parece que Dios nos ha enviado a alguien para que cuide de nosotros.

Uno a uno empezaron a acercarse y, ¡oh sorpresa!, dentro de aquel bulto había una hermosa figura femenina, similar a la Virgen María. Todos empezaron a rezar en agradecimiento por el milagro, cogieron a la imagen y decidieron llevarla hasta la capilla que tenían. Lo que había ocurrido se fue difundiendo en los pueblos aledaños y varios lugareños querían conocer a la Virgen de Dolores, como fue bautizada.

Pasó algún tiempo y de pronto, un 16 de agosto de 1868, un terrible terremoto sacudió a la provincia de Imbabura. Se destruyeron casas y templos. Las pocas viviendas del sector quedaron en el suelo y la capilla también, pero el lugar en donde estaba la Virgen permaneció intacto.

Hubo algunos muertos, pero la mayoría de los pobladores se salvó. Asustados, decidieron tomar la imagen que según ellos había salvado sus vidas y buscarle un nuevo lugar donde vivir. No quisieron permanecer en donde habían perdido todo, entonces encontraron una planada en lo que hoy es la cabecera cantonal de Urcuquí.

Años más tarde, por 1950, cuando Ibarra ya tenía alcalde, se difundió esta historia de la Virgen de Dolores, y el jefe del cabildo decidió que, como Urcuquí pertenecía a su cantón, le correspondía también decidir la suerte de la imagen. Así, designó a varios de sus funcionarios para que llegaran hasta el poblado y en caballos se llevaran a la Virgen, que al parecer tenía mucho valor histórico.

Los funcionarios tomaron camino por la antigua carretera, cruzaron el oscuro y temido túnel, el río Ambi, y llegaron a su



destino. Fueron donde el cura de la parroquia y le explicaron que tenían la orden del edil de llevarse a la Virgen de Dolores. El sacerdote, asustado, les manifestó que no podían hacer eso, porque esa imagen era de los urcuquireños y tenía mucho valor para ellos; por algo había aparecido en aquel bulto.

Los funcionarios indicaron al cura que ellos solo cumplían órdenes y que lo mejor era que se la entregara. El sacerdote no pudo hacer nada y dejó que los seis hombres sacaran a la Virgen de la iglesia. Apurados, la tomaron en sus brazos, la subieron a uno de los caballos y cogieron el camino de regreso a Ibarra, con la satisfacción de haber cumplido con la encomienda.

Sin embargo, la felicidad les duró poco: al llegar al cementerio, el caballo no podía dar un paso; se le doblaban las patas y no podía avanzar. El jinete, preocupado, les pedía a todos que ayudaran a poner la imagen en otro caballo, pero se puso tan pesada que ni entre los seis hombres pudieron cargarla. Uno de ellos dijo:

—Con mucho respeto, compañeros, creo que la Virgen no quiere abandonar este pueblo. Ella es su protectora. Solo eso explica el hecho de que al sacarla de la iglesia estaba tan liviana y ahora no podamos cargarla entre los seis.

—Devolvámosla—manifestó otro.

Todos fueron con fuerza para cargarla, pero esta vez solo fue necesaria la de un hombre. Sorprendidos, los funcionarios lloraron y pidieron perdón. Decidieron volver y contar a su jefe lo que había sucedido, y todos desistieron de la idea de llevarla a Ibarra.

Esta hermosa imagen ha hecho muchos milagros a sus pobladores. En Semana Santa es el atractivo de los turistas, que observan cómo camina por las calles de la ciudad de Urcuquí en una hermosa anda que cargan los cucuruchos y los santos varones.

Lo que más llama la atención es ver cómo la imagen llora en el trayecto de la procesión e invita al arrepentimiento y a la reflexión de todos los creyentes.

Empezó a oscurecer. Yo acababa de vivir muchos acontecimientos: en mi pensamiento estaba el burrito llegando a la Plaza Vieja, luego me transporté a los momentos de dolor de los pobladores del antiguo Urcuquí, y finalmente me asustó pensar que los hombres de la ciudad de Ibarra pudieran llevarse a la Virgen de Dolores, que más que una imagen representa la fe viva de todos los urcuquireños.

Mis hermanos, que en un principio estaban enojados, empezaron a preguntar:

—Pero ¿por qué llora la virgen? ¿Cómo es que lo hace?

La abuelita Rosario, con mucha seguridad, nos dijo:

—Es porque es la madre de Dios y ella lo puede todo.

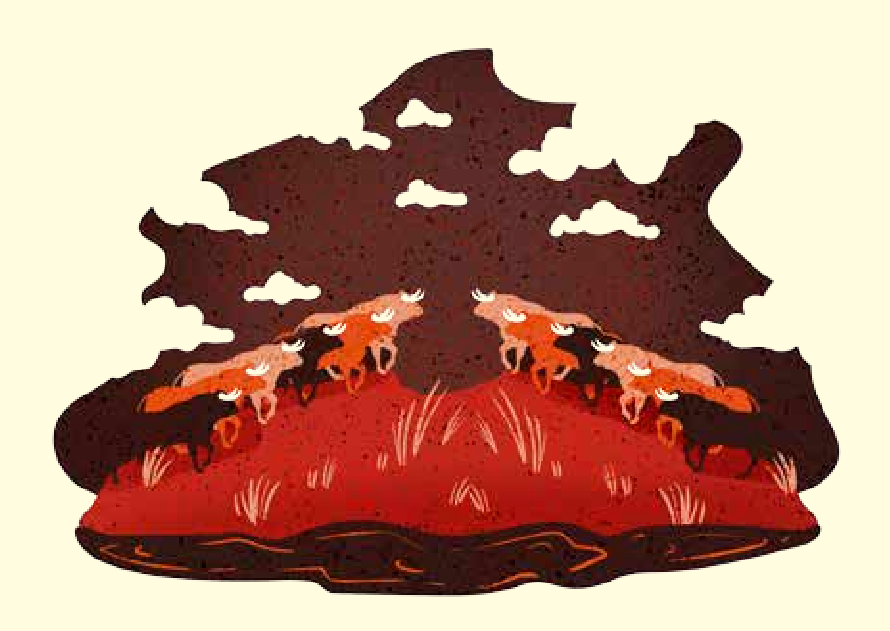
Luego de esa historia, cuando llegaba Semana Santa se me venía a la mente la narración de la abuelita, y al mirar llorar a la virgen mis ojos también se llenaban de lágrimas. Quería calmar un poco el dolor que sentía María por la crucifixión de su hijo Jesús, bendita inocencia de aquellos tiempos de creer que nuestra madre celestial derramaba lágrimas por su amado hijo. Ya con el pasar del tiempo, iba comprendiendo que quien hacía llorar a la virgen era el señor Antonio Hormaza, que hace poco falleció, pero que hasta sus últimos días estuvo pendiente de su querida y venerada Virgen de Dolores.




JUAN TIPANTUÑA
trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Jatarishun.

Chambullo y Yucapucha

El páramo de Chambullo se encuentra entre dos cordilleras que están dispuestas frente a frente. Antes no existía la carretera que une Sierra y Costa; para viajar a Zumbahua y a Macuche, la única vía era un camino de herradura que pasaba cerca de Chambullo. Muchas personas viajaban por allí: negociantes de tragos y de panela, chasquis, gente que iba con sus mulas o



caballos… Caminaban dos o tres días para llegar a su lugar de destino. Salían desde Latacunga a Pujilí, pasaban por Isinche y La Gloria, caminaban por Cachi Alto y por el páramo de Cachi San Francisco.

Un día, un grupo de músicos salió a la madrugada a tocar en un matrimonio en Angamarca. Al mediodía pasaban por el páramo de Chambullo cuando una nube tapó el cielo. La oscuridad no dejaba ver nada, así que se equivocaron de camino y cayeron en un agujero profundo. Se los tragó el cerro; los doce músicos desaparecieron.

Después de dos días salieron en su búsqueda sus familiares. El día anterior se habían revelado en sueños a uno de ellos, pero no

pudo ir porque cuidaba a los toros bravos de su patrón y este no lo dejó ir.

Desde entonces, se dice que los músicos tocan a las doce en punto de la noche; a las doce del mediodía se los escucha al frente, en la otra montaña. A veces canta un gallo, quiquiriquííí, y enfrente suena una campana, tan, tan, tan, doce veces, porque en el mismo agujero de Chambullo desapareció un cura con su campana cuando iba a Angamarca a dar una misa.

Algunas veces dicen que también se aparecen doce toros negros grandotes que toman agua en el cenagal. Tienen enormes cachos en punta, de los que sale fuego y humo.

Por su parte, todos quienes pasan por el camino de Yucapucha —lleno de piedras, lindero entre Tigua y el páramo de San Francisco— se encuentran con que comienza a granizar, a tronar, y grandes nubes tapan todo alrededor. Entonces, deben poner comida junto con flores del páramo encima de las piedras. Con ello hacen una cruz para pedir protección. Es una ofrenda para *chungar*[1] a Urku Mama, la cordillera.

Antiguamente, se decía que los páramos eran rebeldes y bravucones con las personas desconocidas. Hoy son más tranquilos, hasta se puede dormir en ellos.

1 Encerrar.




NANCY DOLORES UVIDIA
nació en San Andrés, Chimborazo, en 1974. Trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Nación Puruha. Su actividad favorita es leer.

El ambicioso y el carbunco

Hace muchos años, en la parroquia de San Andrés, vivía un matrimonio pobre de mediana edad. Sus hijos ya eran jóvenes y habían salido a trabajar a la ciudad. El hombre siempre decía que quería tener mucho dinero y tierras, que no le gustaba ser pobre.

Una noche, como de costumbre, salió a rodear a sus pocos animalitos. La oscuridad era profunda y tenebrosa. De regreso

a su dormitorio, escuchó un ruido y se acercó a ver qué era. De pronto, sintió en sus piernas un calor muy fuerte. Con mucho asombro vio a un perro enorme de color negro; de sus ojos salía una especie de candela. Muy contento de haberse encontrado al animal, se lo llevó, pensando que iba a cuidar sus posesiones. Le puso una cadena y lo dejó amarrado y encerrado en un cuarto. Muy contento, corrió a contarle del hallazgo a su esposa, a quien le dio mucho miedo.

Al día siguiente, el hombre la llevó para que viera al animal y, para su sorpresa, vio que había defecado por todo el lugar, pero en vez de heces había muchas monedas de oro. El hombre saltó de la felicidad, gritando que nunca más iba a sufrir por la pobreza. Su esposa, sin embargo, le rogó que dejara libre al animal, pues era maligno, un carbunco.

Pero el hombre no escuchó las súplicas: todos los días le llevaba alimento y recogía el oro; luego, cambiaba el oro por billetes y los guardaba en costales. Tenía tanto dinero que todos los fines de semana lo sacaba a secar al sol para que no se dañara. Sus vecinos lo veían y no sabían cómo se había hecho millonario de la noche a la mañana. Pensaban que quizá había comprado tierras y animales, y su alimento era muy bueno y variado.

Un día, como de costumbre, fue a alimentar al carbunco y a recoger su "recompensa", pero para su sorpresa no encontró ni una sola moneda de oro. Muy disgustado, cogió un acial y le pegó e insultó al animal hasta cansarse. Además del castigo, no lo alimentó. La esposa le pidió que no lo maltratara, pues era el carbunco y algo malo podía pasar, pero el esposo, muy enojado, nuevamente hizo caso omiso a sus súplicas.

Al día siguiente, una vez más fue a ver al animal para recoger el oro, pero, ¡oh sorpresa!, había desaparecido con todo y cadena. A partir de ese momento, el hombre enfermó, tenía mucha fiebre.



Su esposa lo llevó donde muchos doctores, pero no encontraban qué tenía. Pasados unos quince días, el hombre falleció. La mujer, con mucho dolor, llamó a sus hijos, quienes hicieron todos los preparativos para su entierro.

El primer día del velorio transcurrió con normalidad. A la madrugada quedaron solo los hijos, su esposa y dos vecinos. Cansados, empezaron a quedarse dormidos. De pronto, un ruido fuerte, como si vinieran corriendo muchos caballos, los despertó de golpe; un viento fuerte apagó las velas y quedaron en una oscuridad profunda.

Muy asustados, cuando pasó el ruido, volvieron a prender las velas y, para su asombro, la caja estaba vacía: el cadáver había

desaparecido. Buscaron por todas partes y no encontraron nada. Para evitar comentarios de los vecinos, llenaron de piedras la caja y comunicaron que al siguiente día lo iban a enterrar, pues había muerto con una enfermedad muy contagiosa. Además, la familia dio dinero a los vecinos que estaban allí para que no dijeran nada.



DAYANA MICHELLE ESPÍN
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Honduras.

Ambición

En la ciudad de Macas, exactamente en la Quinta Cooperativa Luz de América, vivía un hombre muy ambicioso. Tenía todo lo que alguien desearía, pero la codicia siempre le ganaba.

Decían que había hecho un pacto con el diablo: él entregaba su alma a cambio de riquezas para él y su familia. Cegado por la ambición, el hombre aceptó sin percatarse de las consecuencias. Desde entonces, su vida fue de lo más cómoda: no tenía necesidades y su familia podía estar tranquila, ya que el dinero le sobraba.

Pasaron los años y el hombre murió de edad avanzada. La gran cantidad de riquezas que obtuvo no le sirvieron de nada, pues murió solo.

En su velorio, lo colocaron en su ataúd y lo dejaron en la sala de su enorme casa. Su cadáver reposaba intacto dentro del cajón.

A altas horas de la noche, pasó un borrachito que vivía cerca. No distinguía lo que hacía; solo caminaba sin rumbo. Justo cuando pasaba por la gran casa, observó a sus pies a un hombre vestido completamente de negro, quien le pidió un favor: que cargara un costal hasta cierto lugar; a cambio, le ofrecía unas monedas de oro. El borrachín aceptó sin dudarlo.

Ambos caminaban entre los matorrales y poco a poco se iban alejando de la comunidad. El borracho no sabía a dónde se



dirigía ni tampoco qué contenía el costal. Luego de un tiempo vio una entrada adornada con una gran cantidad de espinas; de ella salía luz.

Los hombres detuvieron su paso frente al enorme agujero y el borracho miró hacia el interior. Cuando vio, no lo podía creer: en el fondo de aquel enorme agujero había llamas y lava, lo que muchos conocen como el infierno. Además, aquel hombre vestido de negro no era precisamente un hombre.

—¡Ten tu oro y vete! ¡No te atrevas a mirar atrás!

El borrachito, muy asustado, corrió lo más rápido posible. No sabía lo que acababa de presenciar y mucho menos lo que acababa de hacer. Había sido testigo de un robo, pero no cualquiera; este era uno de alma, cuerpo y vida.

Cuando contó lo que había vivido esa noche, nadie le creyó. Para muchos, el cuerpo del hombre lo habían robado otras personas. Todo era posible, se inventaba de todo para justificar la desaparición del cadáver.

Al fin y al cabo, a nadie le importó: la ambición lo había hecho un hombre despreciable y nada amigable.




Esta historia se escribió teniendo como escenario lugares importantes del cantón Pallatanga, Chimborazo. Fue narrada por el personal docente de la Escuela de Educación Básica Luz de América, del barrio Pilchipamba, que se basó en sus propias experiencias y los relatos de amigos y familiares.

El caballo del diablo

Luis Torres, como todos los domingos, bajaba al pueblo a realizar las compras de la semana. Pero ese domingo fue diferente. Unos amigos lo inquietaron para tomar unos tragos y poco le faltó para perder la noción del tiempo. Dejando a un lado a sus amigos y al trago, cogió la alforja de compras rumbo a su casa, más allá de Chalo. La noche lo cogió en las vueltas de La Soledad. Como estaba un tanto cansado, se sentó un rato al borde de la carretera.

Entre los miles de pensamientos que le pasaron por la mente, uno salió a flote, y en un susurro dijo:



—Me han dicho que los diablos dan caballo para llegar breve a la casa.

Tan pronto como acababa de susurrar estas palabras, sintió a su lado un caballo sudoroso y una voz que le decía:

—Luis, tú me has pedido un caballo. Aquí está el más grande y veloz para llevarte como un rayo a tu casa.

Ante tal hecho insólito, Luis se levantó como un resorte y alargó el paso camino arriba. El diablo le insistía que subiera al caballo. Luis, molesto por tanta insistencia, le respondió:

—No quiero ningún caballo. No me molestes. Déjame en paz.

Frente a esta negativa, replicó el diablo:

—Luis, me has pedido un caballo y como yo soy tan bueno te he traído el más hermoso, para llevarte a casa.

—Déjame en paz —le respondió Luis, una y otra vez.

Al cruzar la quebrada de la chorrera de San Rafael, oyó la voz dulce de la Virgen, que le decía:

—Ánimo, Luis, no te dejes llevar por tentaciones del demonio. Adelante, no desmayes.

En ese constante forcejeo llegó a una casa de Chalo en la que se estaba velando a un muerto. Sin pensarlo dos veces, entró de bruces a la improvisada sala de velación, ante la mirada atónita de los acompañantes y familiares del difunto. Luego de reponerse del tremendo susto, con la mirada hacia la puerta dijo, entre labios:

—Ahora que hay bastante gente y luz, quisiera que asome este pendejo para conocerle.

Casi inmediatamente después de pronunciar estas palabras, una figura diabólica, con una mano extendida, lo llamó para que saliera. Este gesto cundió de miedo y pánico a Luis, que miraba hacia la puerta. Para desahogar la pesadilla que estaba viviendo, dio a conocer el particular a los acompañantes y familiares del difunto, pero ellos no veían al supuesto diablo que lo llamaba. Luis, presa del miedo, prefirió quedarse en el velorio antes de tener un fatal encuentro. Al día siguiente, muy temprano, se dirigió a su casa un tanto temeroso y pensativo por todo lo sucedido.

Al tercer día, creyendo que todo había pasado, Luis subió al cerro a realizar algunas faenas agrícolas pendientes. Al concluir el trabajo, expresó, entre labios:

—Ahora que es día claro quisiera que asome este pendejo para pedirle un hermoso caballo negro y grande.

Inmediatamente, presa del pánico, corrió despavorido a refugiarse en su casa. Su mujer, ajena al drama que vivía su marido, no le dio mucha importancia a su extraño proceder, pero cuando vio que estaba tirado en la cama casi en coma y botando espuma por la boca, lo arropó con unas cobijas y rezó a los mil santos para eliminar el hechizo de su marido. Como las súplicas no daban resultado, tuvo que recurrir a los secretos de don Melchor Naranjo para que salvara el alma atormentada de Luis. Después de una sesión de exorcismo, este quedó sano y salvo.

A partir de esa mala experiencia, Luis jamás pide caballo al diablo, ni borracho y peor aún estando sano.




MERCEDES JEANNETHE NÚÑEZ
trabaja en la Unidad Educativa del Milenio Cacique Tumbala.

El señor del Sinchaguasín

Un cierto día, Manuel Mateo salió a pastar a sus vacas en el cerro Sinchaguasín. Mientras lo hacía, también recogía leña. Para su suerte, el día anterior había hecho un poco de viento y de los árboles había caído cáscara, chamiza y palos secos. Sin demorarse, formó una carga grande de leña y luego se sentó a descansar; la fatiga era tanta que el sueño le ganó.

Mientras reposaba, se transportó sin explicación a un sitio hermoso y apacible, al que había ingresado por una puerta grande y brillante. Allí se encontraba un señor muy alto y elegante, barbado y bien perfumado, quien con voz gruesa le preguntó:

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces en mi hogar?

Manuel Mateo, con voz temblorosa, le dijo el motivo de su presencia. El extraño ser lo comprendió y lo invitó a servirse mote con chicharrón acompañado de un ají muy picante; de tomar, le dio un jarro de chaguarmishqui. Al terminar ese delicioso banquete, el señor misterioso le hizo a Manuel Mateo una advertencia: si volvía con sus vacas a comer sus barbitas, de castigo se quedaría en su palacio para siempre, como su esclavo.

Manuel Mateo salió del lugar despavorido y se desmayó junto a unas piedras en el bosque del Sinchaguasín. No supo cuánto tiempo estuvo desorientado, pero sí que, al recobrar la conciencia, cargó su leña, cogió sus vacas y sin mirar atrás corrió a su casa. Desde aquel día, nunca más volvió a ingresar sin permiso a ningún lugar.






ALEXANDER MARTÍN SIMBAÑA
nació en San Carlos de Tipín, Chimborazo, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Los Tipines. Su actividad favorita es el fútbol.

La cruz del diablo

En la comunidad San Carlos de Tipín vivía un muchacho encantador, cuya cama las jóvenes siempre estaban dispuestas a compartir. Al final él las dejaba de lado sin ningún tipo de remordimiento, con lo que mostraba su verdadera personalidad.

Un día llegó a la comunidad una bella forastera. Su hermosura llamó la atención de todos quienes se cruzaban con ella; incluso las mujeres se prendaban de sus finos rasgos y su caminar coqueto. Su nombre era María y mientras pasaban los días su fama iba en

aumento. De más está decir que el joven mujeriego también se fijó en ella. Cautivado por los encantos de la chica más codiciada de la comunidad, intentó entablar conversación.

María, por su parte, se dio cuenta de las intenciones del joven. Por eso, rechazó todas las invitaciones que recibió de él, e ignoró sin miramientos los halagos y las galanterías. Aun así, el muchacho no se daba por vencido: cada día probaba nuevas técnicas de conquista.

Una mañana, justamente la víspera de Todos los Santos, cuando el joven ya no sabía qué hacer, recibió una carta de la mujer que le quitaba el sueño; en ella lo citaba en la puerta de la ermita de las angustias. La carta terminaba diciendo que en esa noche de Difuntos sería suya.

No podría describir la emoción que tenía el joven: por fin su desesperación y los tortuosos meses que había pasado iban a llegar a su fin. Aunque esa noche comenzaron a escucharse truenos y la lluvia empezó, fue rápidamente al lugar del encuentro.

Al llegar, vio a María esperándolo, vestida con hermosas prendas que aumentaban su deseo. Llegó a ella y comenzó a besarla en todos los lugares donde su blanca piel estaba expuesta. Así, la lujuria fue en aumento, hasta que intentó arrancarle una parte del vestido.

Los truenos se escuchaban más fuertes y fieros, mientras que ellos solo tenían pensamientos para la lujuria. La mujer se levantó la falda y el joven no pudo más que ir por ese camino, intentando desabrochar los chapines altos. Pero en ese momento, en la oscuridad un rayo iluminó todo el panorama, y el joven vio que María, en vez de pies, tenía pezuñas. Elevó la mirada y vio que en lugar de la hermosa mujer estaba ante él el mismo diablo, el cual se carcajeaba de su expresión.

El muchacho se arrastró asustado lo más rápido que pudo, intentando gritar y alejarse, hasta que alcanzó la cruz que había en la puerta de la ermita. Se abrazó a ella esperando que su Dios lo salvara de la bestia que lo había engañado. El diablo lo persiguió y, justo en el momento en que el joven abrazaba la cruz, le propinó un zarpazo que rozó su hombro y arañó parte de la piedra.

El joven sintió el dolor pero siguió aferrado. Lentamente, fue abriendo los ojos para darse cuenta de que estaba solo; sin embargo, en la piedra había quedado una marca. Aún pueden verla quienes, en la actualidad, van a la ermita de la ciudad de Cuenca y se acercan a la que se conoce como "la cruz del diablo".





MEGAN NAOMI CÁCERES
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Mario Cobo Barona.

El huahuancó

Cuando era niña, en mi casa no había agua, así que mi hermana mayor y yo debíamos ir al pozo a traerla. Mi mamá, cuando nos enviaba, nos decía:

—Niñas, deben volver pronto, antes de que den las seis de la tarde, porque si se quedan mucho tiempo anochecerá y podrían encontrarse con el huahuancó.

El huahuancó es un bebé que al inicio se ve inofensivo pero, si lo cargas, pronto podrás darte cuenta de que se trata de un demonio horrible.

Mi hermana y yo no creíamos en ese relato hasta que un día nos quedamos jugando hasta muy tarde. Mi hermana me dijo que era mejor que nos fuéramos, así que cogimos el agua y nos dirigimos a nuestra casa.

La noche se veía tranquila y ambas íbamos sin preocupaciones hasta que de repente sentimos el ambiente algo pesado; a medida que caminábamos se hacía más insoportable. Un tiempo después, ya casi rendidas, empezamos a oír el llanto de un bebé, que comenzó a espantarnos. Tratábamos de caminar más rápido, pero el llanto no paraba, sino que se hacía más ronco y fuerte.



De pronto, mi hermana y yo volteamos nuestras cabezas y pudimos ver entre la niebla a una criatura horrible que tenía dos ojos como de fuego. Casi pasmadas del susto, intentamos correr con todas nuestras fuerzas. Por suerte, justo cruzó un hombre en un caballo, que se ofreció a llevarnos. El engendro no paraba de perseguirnos hasta que comenzamos a rezar; entonces, desapareció.

Cuando llegamos a casa, el señor nos comentó que en alguna ocasión ya le había pasado, y que se había salvado casi por milagro. Desde entonces, mi hermana y yo no volvimos a desobedecer las órdenes de nuestra madre.




GONZALO GABRIEL ZURITA
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Angamarca.

El colorado

En un lugar llamado El Chivo, situado al noroeste de la parroquia Angamarca, cantón Pujilí, provincia de Cotopaxi, había un pueblo que constaba de una iglesia y viviendas de estilo antiguo. En él vivía gente trabajadora que cultivaba productos para su alimentación. Se dedicaban a la caza, a la carpintería y a las artesanías. La educación de los niños se llevaba a cabo en el hogar y su juego consistía en trabajar los cultivos.

Entre ellos había un niño llamado Juan. A él le gustaba correr por todo el pueblo, y se relacionaba con sus habitantes de una

manera amistosa; también le gustaba mucho trabajar en la carpintería con su padre. Era el más alto y el más fuerte de todos sus amigos. Amaba mucho a su familia y lo que más quería era ser el cura de su pueblo.

Pasó el tiempo y Juan creció feliz junto a su familia y amigos. Era muy inteligente. Su padre le había enseñado a respetar a las demás personas. No tenía el cariño de una madre, pues la suya había muerto cuando él era un bebé.

Un día, como siempre, salió a correr por todo el pueblo y se encontró una piedra en forma de iglesia. Así pues, se le ocurrió construir una. Todo el pueblo lo ayudó. Aunque parecía imposible, después de mucho tiempo lograron terminarla, y Juan se convirtió en su párroco. El joven siempre hablaba a los niños sobre Dios. Les



contaba parábolas que había escuchado de boca de su abuelito cuando era niño.

Una mañana, regresaba de trabajar de las tierras de su padre cuando vio una luz en una cascada. Se acercó y debajo de ella vio un cristo de piedra. Juan lo tomó entre sus manos y lo llevó a su casa, pero creyó que lo mejor sería llevarlo a la iglesia que todos habían construido. Así lo hizo, lo mostró a todas las personas y les dijo que aquel cristo era su dios y que no existía otro. Enseñó a todos que el mejor camino hacia él era la bondad.

Pero Juan quería salir de su pueblo y conocer nuevos lugares; entonces, se dirigió a un lugar llamado Angamarca la Vieja. En el camino conoció nuevas especies de fauna y flora: algunas lo asombraron y otras lo asustaron. Después de tanto caminar, llegó a su destino. La gente de ese pueblo lo acogió como a uno de los suyos, así que decidió quedarse allí un tiempo y ayudar a las personas necesitadas. Como era un hombre robusto, trabajaba mucho y bien.

Un día, apareció un colorado sabio venido del oriente ecuatoriano. Empezó a cruzar por el pueblo y los habitantes salieron furiosos a su encuentro. El colorado se enfureció de igual manera, alzó una chonta que llevaba y el pueblo quedó convertido en piedra.

Juan, que había ido a coger agua del pozo, observó todo desde un escondite detrás de los árboles. En cuanto pudo, regresó asustado a El Chivo y contó todo, pero nadie le creyó.

Juan no dejaba de pensar en Angamarca la Vieja; quería volver pero le daba mucho miedo. Los días pasaban y no podía dormir, tenía muchas pesadillas, hasta que un día muy temprano estaba orando y escuchó el ladrido de los perros. Al salir, vio a una persona: el colorado que había convertido al pueblo en piedra.

Juan se asustó mucho, pero también se enfureció y le dijo que no era bienvenido, que por favor se fuera y nunca volviera. El colorado se encolerizó, alzó su chonta y convirtió al pueblo de El Chivo en piedra.

Cuando salió de allí, el colorado llegó a un lugar llamado La Cuchilla, donde encontró a un toro y una vaca bravos. Los animales quisieron atacarlo y el colorado alzó nuevamente su chonta y los convirtió en piedra. Así continuó caminando, transformando pueblos y animales, hasta que llegó a Quito. Cuando entró allí, desapareció y nadie volvió a saber de él.




JENNIFER MARIBEL PILAMUNGA
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Santa Rosa.

Los matacuras

Cuentan los abuelos que, en la década de los cincuenta, en la parroquia de Santa Rosa, estuvo de cura párroco un sacerdote al que le gustaban la vida bohemia y el licor. El susodicho andaba siempre de fiesta y en reuniones sociales. Dicen que celebraba las misas en estado de embriaguez.

Cierto día, un grupo de personas cansadas por el mal comportamiento del religioso se acercó al convento parroquial donde habitaba y le pidió que abandonara el puesto, porque era

un mal ejemplo para la comunidad. Ante este pedido, el sacerdote amenazó con excomulgarlos.

Al ver ese proceder, indigno de un cura, decidieron expulsarlo del pueblo por la fuerza. Lo llevaron a empellones y golpes por el camino que une la parroquia con la ciudad de Ambato, el que hoy es la Vía Ecológica. Lo soltaron donde actualmente se ubica la planta de tratamiento de agua potable Casigana, no sin antes advertirle que si volvía al pueblo, su vida correría peligro.

Entonces, el cura exclamó:

—Ustedes son unos matacuras, y por eso los maldigo en nombre de Dios, para que siempre sufran con la falta de agua. —Dicho esto, se fue y nunca más se supo de él.

Al parecer, esa maldición se cumplió, pues hasta la actualidad hay escasez de agua en la parroquia, pese a las obras construidas



para tal efecto. Más aún, como el pueblo ha crecido mucho con la llegada de migrantes de otras provincias, se han formado barrios que directamente carecen del líquido vital.

Dicen que el obispo de ese entonces, en represalia, se negó a enviar otro sacerdote a la parroquia durante un buen tiempo. Entonces, los moradores debieron acudir a la diócesis de Ambato, en varias ocasiones, a pedir perdón y solicitar el envío de un cura, con la promesa de que le iban a dar un trato digno y respetuoso.




ISABEL CLEMENCIA CHIGUANO
estudia en primer año de Bachillerato de la Escuela de Educación Básica para Personas con Escolaridad Inconclusa 14 de Octubre.

El niño de Isinche

Años atrás existía la hacienda de Isinche Grande, ubicada a pocos kilómetros del cantón Pujilí. Se caracterizaba por ser fuente de acopio y elaboración de obrajes, así como por su gran número de trabajadores, quienes transportaban costales de lana de lugares cercanos y lejanos, como Angamarca. Según comentaban, el viaje era largo y cansado. Los trabajadores, ya en la hacienda, sacaban la lana de sus costales y la entregaban al dueño; a cambio de ello recibían su paga completa. Todos los días era la misma rutina.

Pero el día menos pensado, de uno de los grandes montones de lana, sorpresivamente cayó un muñeco. No le dieron mucha importancia, y el trabajo se siguió desarrollando con total normalidad. Al llegar la noche, sin embargo, un sueño reveló a la dueña de la hacienda que no era un simple muñeco, sino Emanuel Mesías.

Al día siguiente, la señora comentó dicha revelación a su esposo. Este, incrédulo, no le dio tanta importancia y se integró al trabajo rutinario del obraje. Llegada la noche, el muñeco volvió a aparecer en el sueño de la dueña de la hacienda: repitió que su nombre era Emanuel Mesías y que debían venerarlo y cuidarlo como un santo.

La señora contó este nuevo sueño a su esposo y a los trabajadores. Algunos, asombrados, se quedaron sin palabras; otros manifestaron que no significaba nada. Sin embargo, desde aquel día, la dueña solicitó que colocaran al muñeco en un platito especial. A la larga, el muñeco terminó por convertirse en un niño de verdad.

Un día, este niño salió a dar un paseo por la hacienda. Se encontró con un jardín de frutas y, cuando se disponía a tomar una, el capataz lo vio y acudió de inmediato a llamarle la atención. La dueña pasó por alto la noticia, pero llamó su atención que el niño iba creciendo, pues ya no cabía en el platito de inicio.

Con el pasar del tiempo, las salidas del niño se hicieron más frecuentes. Solía estar con los pies sucios, al igual que la ropa. La dueña lo cambiaba y le aconsejaba que tuviera cuidado, pero nada. Entonces, por temor a que se perdiera, ordenó a los trabajadores que le construyeran una urnita en la cual pudiera habitar. Desde ese día, todos en la hacienda empezaron a venerarlo y a celebrar

misas en su nombre. Hasta la actualidad se mantiene esta tradición, y también se le ha construido un templo donde la gente puede llegar a visitarlo.

Pasado un tiempo, la hacienda creció y tuvo una serie de modificaciones: el dueño se vio obligado a venderla al señor Alfonso Calero, quien desde entonces se convirtió en amo del niñito. Después, don Alfonso tuvo que vender nuevamente la hacienda, en este caso a manos del señor Bolívar León, el propietario actual.

Desde días remotos, la gente comentaba que el niñito de Isinche es milagroso, y que quien lo asiste con fe y devoción ve cualquier pedido cumplido. Incluso había gente que padecía enfermedades incurables y el niñito la sanaba completamente.



En un momento, se comentaba, el señor León intentó sacar del país al niñito de Isinche, pero cuando lo subieron al avión e intentaron volar, no encendió. Insistieron muchas veces, sin resultado alguno. Así pues, don Bolívar decidió quedarse. La gente tomó este evento como una demostración de la lealtad y el amor del niñito hacia su pueblo y su gente.

Otro manifiesto del niñito de Isinche fue cuando llevaron a cabo las tradicionales fiestas de Navidad, Año Nuevo y Reyes Magos. La costumbre era que los días de misa se llevaran alimentos a la hacienda; cada disfrazado entraba a la plazoleta de Isinche a bailar y compartir su comida. Sin embargo, el dueño, molesto por los daños que solían causar, impidió que se mantuvieran esas actividades para años siguientes. A los pocos días, su ganado empezó a morir poco a poco; además, el niñito se le presentó en un sueño y le manifestó que si no permitía seguir con esas costumbres, él terminaría con toda su hacienda. Por supuesto, después de esa revelación, el dueño permitió que todo continuara como antes.

MARTHA DOLORES MOYA
nació en Píllaro, Tungurahua, en 1961. Trabaja en la Unidad Educativa Santa Rosa. Su actividad favorita es leer.

Una promesa de amigos

En la parroquia de San Miguelito, cantón Píllaro, provincia de Tungurahua, vivía una familia que se sustentaba con el trabajo de su padre, Aníbal, chofer de transporte público. Durante su juventud, Aníbal había tenido un amigo llamado Cayetano; su amistad era tan profunda que juraron que, cuando el primero muriera, el otro cargaría su ataúd.

La vida transcurría normalmente. Aníbal permanentemente realizaba viajes con pasajeros de Píllaro a la ciudad de Quevedo, hasta que cierto día, cuando se encontraba muy lejos de su pueblo, recibió la noticia de que su mejor amigo había muerto. Sin poder cumplir su promesa, lleno de tristeza y soledad, siguió normalmente con sus labores, y encomendó a su esposa que asistiera al funeral de Cayetano.

Cuando regresó a su hogar, tres días después de que hubiera sido sepultado su confidente, se disponía a descansar junto a su esposa cuando, a eso de la medianoche, su puerta se abrió violentamente. Inmediatamente sospechó que era el espíritu de su amigo, que le venía a reclamar por el incumplimiento de lo pactado. Con mucho temor se levantó sin que lo sintiera su esposa, tomó su autobús y se dirigió al camposanto por un camino oscuro y con muchos obstáculos.

Luego de rezar una oración al pie de la tumba de su amigo, supuso que la culpa había quedado saldada, pero regresó a su vehículo y no encendió. En medio de la desesperación y la oscuridad absoluta, exclamó:

—¡Cayetano! ¡Cayetano! ¿Quieres que te saque?

Trató de encender su carro en varias oportunidades, pero no lo logró. Entonces, tomó la decisión de caminar en busca de herramientas para excavar la tumba de su amigo. Los vecinos del lugar se sorprendieron por la decisión tomada, y dos de ellos, incrédulos de lo que ocurría, lo acompañaron, pensando que Aníbal estaba ebrio y fuera de sus cabales.

En el trayecto trataron de hacerlo reflexionar; incluso, consternados por el hecho, llegaron a agredirlo para evitar que llegara al tenebroso lugar. Al entrar en el cementerio, vieron al



autobús con las luces encendidas, lo que hizo que reinara el pánico y la desesperación en todos ellos.

Aníbal, sin embargo, se dirigió a la tumba de su amigo y empezó a cavar y cavar. Al llegar al ataúd, cruzó una ráfaga de viento y un intenso rayo de luz iluminó todo el lugar; un aire frío aniquiló a los presentes, que, casi sin poder articular palabras, presumieron que la promesa se había cumplido:

—¡Regresemos pronto, hay que salir! —dijeron, y volvieron a sus casas en el autobús, que encendió sin dificultad.




WILLAMS PATRICIO PILLIZA
estudia en primer año de Bachillerato de la Escuela de Educación Básica para Personas con Escolaridad Inconclusa 14 de Octubre.

Taita Curita y su perro fiel

Taita Curita salía desde su comunidad, llamada Ambatillo, y caminaba por los páramos Quishpicasha Grande, Ventana, Manzanawaiku y Culebrilla hasta llegar a Angamarca. Viajaba con un perrito que lo acompañaba siempre que iba a celebrar una misa.



Un día, el sacerdote decidió irse de cacería, acompañado de su perrito. En el transcurso del viaje, observó un venado, lo siguió hasta atraparlo y lo mató. Le sacó las tripas y las puso a cocinar con el vapor del agua. Su perro seguía cazando conejos, patos, águilas y perdices; en un punto, el cura tuvo tanta comida que le preocupó cómo la iba a llevar.

De repente, escuchó un ruido y miró al cielo: ya era mediodía. En ese momento empezó a orar desesperadamente por no poder cumplir con su misión pastoral. Inmediatamente empezó a hacer frío y a llover muy fuerte. Granizó, nevó y las ráfagas de viento iban y venían. Taita Curita buscó un lugar para refugiarse y encontró una roca, pero la lluvia era muy fuerte. Arrepentido, se quedó a dormir allí.

Por quitar la vida a los animales, Dios castigó al sacerdote y lo convirtió en un monumento de piedra, acompañado por su perro fiel; dicha piedra existe hasta el día de hoy. Los indígenas de la comunidad y los habitantes de la comunidad de Yacubamba, cuando salen al páramo con sus animales, suelen contar que al mediodía escuchan el repicar de las campanas: dicen que es Taita Curita, que llama a misa.




ANA MARISOL TOALOMBO
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Intercultural Bilingüe Tamboloma.

La vanidad de una mujer

Cierta noche, una familia acudió a una fiesta. Cuando llegaron, la mamá le dijo a su hija, que era muy hermosa:

—No saldrás a bailar con cualquier hombre, sino solo con uno que tenga dentadura de oro y sea rico. Solo aceptarás que él te saque a bailar.

La hija obedeció: esa noche, muchos quisieron danzar con ella, pero ella se negó. Sin embargo, a eso de la medianoche llegaron a la

fiesta dos hombres de bonito aspecto y con brillantes dentaduras de oro. Al mirarlos, la joven quedó impresionada. De repente, uno se acercó a donde ella estaba y le dijo:

—¿Me permites esta pieza? —Al principio, la muchacha se quedó sin palabras, pero luego aceptó.

Los demás invitados, no obstante, tuvieron un mal presentimiento: los perros aullaban y la gente intranquila se asustaba. De pronto, mientras bailaba con la señorita, miraron los pies de los hombres y vieron patas como de vaca, así como un rabo que les salía por detrás.

Un invitado de repente susurró:

—Hagan llorar a un bebé y ellos saldrán corriendo de aquí.

Así lo hicieron, y los hombres salieron corriendo como alma que lleva el diablo. Se fueron gritando:

—Solo porque lloró el bebé se libraron; si no, los íbamos a llevar a todos con nosotros.






ODALIS LIZBETH LESCANO
nació en Santiago de Píllaro, Tungurahua, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa San José de Poaló. Su actividad favorita es jugar fútbol.

La Virgencita de Piquil

Hace mucho tiempo, unos trabajadores de la hidroeléctrica Inecel Pucará, de la parroquia San José de Poaló, con la ayuda de máquinas iban abriendo paso y botando piedras a un lado para construir una carretera hasta Pisayambo. Sin embargo, se les hizo imposible mover una de las rocas, no lo pudieron hacer con ninguna de las herramientas que tenían.



Por la noche, una niña muy hermosa se le apareció en sueños a uno de los trabajadores:

—No me hagan más daño —le dijo—. Déjenme, esa es mi casa. ¿Acaso no ven que yo vivo ahí?

Al día siguiente, el trabajador lo comentó con sus compañeros y fueron a ver la piedra. Cuando la miraron fijamente se dieron cuenta de que era verdad: a la roca estaba arrimada una niña muy bonita, tal como la que había visto el hombre en sueños.

Desde entonces, empezaron a construir para ella una pequeña capilla a la que más tarde llegaron cientos de visitantes y devotos de todo lugar. Cuentan que después de hacer la capilla en su honor, la niña se puso muy contenta. Era muy hermosa, con cabello café, largo y rizado, un hermoso vestido y una capa blanca.

Después de un tiempo se empezaron a celebrar, cada mes de julio, festividades en honor a la piedrita, a la cual bautizaron como la Virgencita de Piquil. Hoy está cubierta por una vitrina de vidrio que donó un señor al que la Virgencita sanó después de un accidente. Además, una devota donó una imagen a la cual nombraron mayordoma de la Virgen de Piquil. A ella la bautizaron como la Virgen del Carmen.




PEDRO PABLO GAMBOA nació en Píllaro Huagrahuasi, Tungurahua, en 1943. Actualmente es ganadero. Su nieta Katherine Velasco estudia en la Unidad Educativa San José de Poaló.

De cipreses y chanchos

En su juventud, mi abuelito, recién casado —aunque guambra todavía—, estaba cortando un ciprés cuando llegó a una parte extremadamente dura del tronco. Sorprendido, se preguntó qué sucedía, pues era la primera vez que le ocurría. Ese día lo dejó pasar, pero un poco después volvió a intentarlo: el tronco ya se había suavizado, y en su interior vio una luz muy brillante. ¡Era oro puro!



Se dirigió inmediatamente donde su esposa para contarle lo ocurrido, pero al regresar se encontró con otra sorpresa: el oro ya no estaba allí.

Desde ese entonces, mi abuelito empezó a tener muchos sueños en los cuales le decían que si él tomaba ese oro sería muy rico, pero, a cambio, el demonio se llevaría su alma. Al principio pensaba que había hecho mal al no tomarlo, pero después de los sueños dio gracias a Dios por no haberlo hecho.

Después de aquel suceso pasaron muchos años y le ocurrió otro acontecimiento sobrenatural. Cuando por las tierras de Huagrahuasi no había trabajo, él tenía que dirigirse a un barrio llamado La Victoria, situado en Andahualo. Cuando volvía, los fines de semana, le cogía la noche en el camino.

Una noche que venía por una acequia en medio de la completa oscuridad, escuchó el chillido de un chancho. Mi abuelito se sintió emocionado y quiso llevárselo a la casa, así que empezó a seguir el sonido para poder atraparlo. De repente, se dio cuenta de que lo dirigía hacia la quebrada. Asustado, volvió rápidamente a la casa. En la noche, soñó que entraba a una quebrada buscando a un chancho que no existía y que la cosa mala se lo llevaba.

Desde entonces siempre mantuvo que uno no debía dejarse llevar por el dinero o los bienes materiales, porque siempre de por medio va a estar lo sobrenatural.

LUIS SALVADOR LÓPEZ nació en Manuel J. Calle, Cañar, en 1966. Trabaja en la Unidad Educativa Fiscomisional Técnica Pacífico Cembranos. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

Historias que se convierten en mitos y leyendas

Cuenta mi madre que, en cierta ocasión, hace aproximadamente cuarenta y cinco años, caminaba junto a mi padre por una carretera polvorienta y solitaria cerca de las doce de la noche. De pronto, en medio de la oscuridad, vieron una especie de



fantasma como una cruz blanca que se movía de un lado a otro. Sin intercambiar palabras, cada uno sumido en sus propios pensamientos, caminaron unos cien metros. De repente, mi madre le preguntó a mi padre:

—¿Viste al fantasma?

Mi padre, un tanto asustado, le dijo que sí, pero los dos tenían sus dudas sobre lo que podría ser. Se armaron de valor y decidieron volver a comprobarlo; entonces constataron que nada más era un plástico blanco en la punta de un poste que se movía de un lado para otro con el viento. Los dueños de la finca lo habían puesto como una señal para que se ubicaran unos familiares que venían desde Quito.

Si mis padres no se hubieran armado de valor para salir de sus dudas, habrían contado a los demás que allí había un fantasma que pasada la medianoche asusta a la gente, y de esta forma tal vez se hubiera creado la leyenda del fantasma de la cruz blanca. Por el temor, que no permite comprobar la falsedad de ciertas cosas, se forman los mitos y leyendas que se cuentan por millares en nuestras comunidades y pueblos.




CRISTIAN PATRICIO YUCAILLA
nació en Llinllín, Chimborazo, en 1987. Trabaja en el Centro Educativo Comunitario Intercultural Bilingüe de Educación Básica Otto Arosemena Gómez. Su actividad favorita es entonar la guitarra.

El bautizo de los cuyes

Cuando tenía cinco años de edad hice varias travesuras. Les voy a contar una de ellas. Un día mis papás nos llevaron a un bautizo en el río de Llinllín y Guagrabamba, donde observé cómo el pastor, con el presidente de la Iglesia, bautizaban a los chicos que habían recibido el curso y que eran mayores de quince años.

Una semana después, con mi hermano mayor, José David Yucailla Caizaguano, llenamos una tina con agua y realizamos

el bautizo de unos cuyes recién nacidos. Mi hermano mayor era el pastor y yo era el presidente de la Iglesia. Pero después de que mi hermano metió a los pobres cuyes en la tina de agua, se cansaron de tanto nadar, ya no resistieron y se ahogaron. Entonces escondimos los cuyes muertos debajo de la cama.

Esa misma tarde, cuando mi mamá estaba cocinando, uno de los gatos que teníamos en la casa se acercó a comerse los cuyes y mi mamá preguntó al David:

—¿Qué está comiendo el gato ahí adentro?

Mi hermano, asustado, respondió:

—¡No sé! Creo que ha cogido un ratón.

Yo, de inmediato, corrí hacia la cama y empecé a sacar todos los cuyes muertos. Mi mamá, enojada, me pidió que le pasara un balde con agua fría para bañar a mi hermano. Él me llamó por mi apodo: "Pato tonto, pato malo", y mientras se bañaba con agua fría decía:

—Creo que voy a morir.






ANALUISA MICHAEL CHIMBOLEMA
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Leopoldo Mercado.

Un Carnaval en Guaranda

Todo comenzó un día del mes de febrero. Llegué del colegio y escuché que mi padre estaba hablando con mis tíos para planear el viaje. Salimos en la tarde para llegar en la madrugada. Decidimos llevar algunos víveres para mis abuelitos y, como yo tenía un poco de ropa pequeña, la llevé para mi primo.

Pasamos por ciudades como Salcedo y Ambato. En el camino vi animales que no había tenido la oportunidad de conocer y los paisajes eran hermosos, se podía ver los volcanes despejados, hasta que llegó una neblina espesa, así que empezamos a ir despacio. Más adelante vimos que, a consecuencia de la neblina, unos carros se habían chocado.

Una vez en Ambato nos perdimos como una hora, hasta que, finalmente, como a la media noche, llegamos a Guaranda, donde mi abuelita, quien nos esperaba ansiosa por verme. Mis tíos ya se encontraban ahí, con mi abuelito, que tocaba la guitarra y cantaba la tradicional música del Carnaval. Como era de esperarse, mis tíos ya estaban tomando el Pájaro Azul, y decidieron invitarle a unirse a mi padre. A la mañana siguiente me desperté con ansias de darles los regalos a mis primos, así que fui muy temprano a visitarles. Me llevé una gran sorpresa al ver que mi tía y mis primos estaban preparándose para bailar en las comparsas. De regreso a la casa de mi abuelita, mis tíos ya se habían despertado, entonces le conté a mi padre que mis primos iban a participar en las fiestas. Inmediatamente decidimos ir a desayunar y, como era de esperarse, mi abuelita nos dio mucha comida.

Fuimos a ver las comparsas del Carnaval de Guaranda; efectivamente este es uno de los mejores carnavales. Entonces llegó el momento de que mis primos salieran bailando, les lancé carioca e incluso grabé un video de la danza.

Después regresamos a la casa de mi abuelita para almorzar, donde el chancho ya había sido pelado y estaba colgado de un poste. Mi abuelita estaba muy desesperada por el almuerzo así que decidí ayudarle a cocinar. Me dijo que íbamos a preparar el chancho, la chicha y los chigüiles. Fuimos a traer la materia prima y ella me fue explicando todo el procedimiento: qué poner y qué disminuir. Después del chancho hicimos la chicha que tanto me



gusta, porque es muy diferente a la que se hace en mi región, con un sabor inimaginable.

Caía la tarde cuando mi abuelita me dijo: "Mijito, por favor ayúdeme a hacer los chigüiles, para que todos los tíos lleven a la casa un poco". Yo acepté, me llevó a traer las hojas para prepararlos y, nuevamente, me fue indicando cómo hacerlo. Desde entonces me gusta cocinar.

Más tarde, todos empezaron a irse, nosotros fuimos los últimos en despedirnos. En el trayecto de regreso pasamos otra vez por las ciudades de Ambato y Salcedo. Le propuse a mi padre que lleváramos algo para mamá, que no había querido venir en el viaje porque tenía que trabajar, así que no pudo estar conmigo. Al llegar a Tambillo había mucho tráfico, estuvimos ahí por un

largo tiempo, hasta que se despejó la vía. Cerca de Cotogchoa, un camión salió disparado y no vio que íbamos por ahí; entonces sucedió una tragedia que no pensábamos que iba a pasar.

Nos chocaron el auto, en la parte de adelante, y el carro ya no pudo caminar más, porque se había afectado una parte del motor. Entonces decidí llamarle a mi madre y contarle lo que sucedió; ella pensaba que había sido culpa de mi padre pero le expliqué que no fue así, y mi madre tuvo que buscar una wincha. Afortunadamente no nos ocurrió nada catastrófico.

Ya llegando a la casa de mi otra abuelita le llevé los regalos de las ciudades visitadas y se alegró mucho. Como el Carnaval no se había acabado, decidí jugar con mis tíos y después incluso mojamos a todos los que cruzaban por la calle.

Desde ese tiempo me gusta cocinar y cada vez les preparo unas comidas exquisitas a mis padres, le doy gracias a mi abuelita por haberme enseñando a hacerlo. También, desde entonces me gusta ir a Guaranda cada vez que puedo y llevar regalos a mis abuelitos.




CARMEN GUAMÁN
trabaja en la Unidad Educativa Intercultural Bilingüe Hualcopo Duchicela.

El matrimonio en la época de mis abuelitos

Cuentan nuestros abuelos que en su época todos eran vecinos de tierra, porque en ese entonces todavía no existían comunidades. Los jóvenes no conocían lo que era estar enamorados, solo existían matrimonios arreglados; los papás realizaban fiestas, se

encontraban en las cantinas, bebían y hacían arreglos para hacer casar a sus hijos, así de la nada, con cualquiera persona, sin que los jóvenes se conocieran.

Luego de realizar el pacto entre padres, a la siguiente semana realizaban el pedido de la mano y en ese momento conversaban sobre qué día sería el matrimonio en el Registro Civil, y luego del matrimonio se reunían en la casa del novio para comer lo que habían preparado sus familiares, que tradicionalmente era arroz de cebada, chapo y chicha de jora. Luego de servir los alimentos en la casa del padrino, conversaban en qué día se iba a realizar el matrimonio eclesiástico, ya que normalmente ocurría tres meses después del civil. El matrimonio en la iglesia duraba seis días y para eso se llevaban con quince días de antelación, al molino,



granos como cebada y trigo, porque en esas épocas no existían los productos que hay en estos días.

Los padres del novio, cuando no tenían dinero, buscaban padrinos de bodas a los que llamaban "*washa* padrinos"; ellos eran quienes ayudaban con los gastos.

El día viernes antes del domingo del matrimonio hacían el *japitukuy* o *cuy shitay*, que consistía en que el novio y sus familiares iban a la casa de la novia llevando ochenta cuyes, panes y guineos. El sábado pasaban haciendo preparativos para el domingo, y ese día, a primera hora de la mañana, los *washa* padrinos hacían bañar a los novios para luego llevarlos a la iglesia y celebrar el matrimonio. El lunes se hacía el *ashwa yakuy*: la novia iba con sus familiares a la casa del novio llevando un *puñu* grande de chicha que repartían entre las dos familias; igualmente, participaban en el banquete preparado por los familiares del novio.

Ese día, siguiendo las costumbres, los familiares del novio realizaban el juego de *taruga japi*, que consistía en que entre seis personas participaban disfrazándose: cinco se vestían de perros (*allku tukushka*) y uno, de venado (*taruga tukushka*). La familia del novio daba a cada uno de los participantes una oveja para que la mataran y pelaran. Después, los *allku tukushka* y el *taruga tukushka* llevaban la carne preparada a la casa de la novia y la entregaban a la mamá; ese día, martes, la familia de la novia realizaba preparativos para servir a los padrinos y novios con toda clase de alimentos existentes en el sector.

La primera alimentación que se le servía a la pareja era una batea con máchica y, junto a ella, comida de todo tipo, que debía ser ingerida en su totalidad; cuando ya no podían comer más, los novios la brindaban a los familiares que los acompañaban.

El miércoles, el último día de festejo del matrimonio, los padres del novio agradecían a los de la novia que les hubieran entregado a su hija, y daban consejos a los recién casados para que vivieran bien y sin problemas, en las buenas y en las malas.

Luego del largo festejo matrimonial, la vida continuaba para los recién casados: a veces peleaban, no tenían nada que comer, y aun así vivían juntos. En algunas ocasiones, los suegros eran malos, los trataban mal, les mezquinaban las cosas, y aun así el respeto nunca faltaba. De esta manera salían adelante en la lucha diaria de sus vidas.

Después, como en todo matrimonio, llegaban los hijos, y lo que más importaba era qué consejo darles a ellos y luego a sus nietos.




MARÍA ELENA MOROCHO
nació en Gatazo Grande, Chimborazo, en 1980. Trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Ing. Hermel Tayupanda. Su actividad favorita es la lectura.

El sawari de la comunidad de Gatazo

El *sawari* de la comunidad indígena de Gatazo se viene celebrando desde los tiempos antiguos. Sus pobladores mantienen la mayoría de sus costumbres y tradiciones, y las familias viven de la agricultura y de la ganadería.



Al amanecer, los esposos salían a visitar las chacras, mientras que las esposas, junto con sus hijas, preparaban el alimento y dialogaban de la vida real. Las mayores aconsejaban a las jóvenes sobre el matrimonio.

Antiguamente se realizaba el *maqui mañachi*[1] entre los vecinos para ayudar en las chacras. En esa actividad los amigos iban insinuando que entre los hijos podrían formar una nueva familia para mantener la riqueza. Entonces, las hijas salían al pastoreo de las ovejas, y los jóvenes se enamoraban y aprovechaban para conquistar y realizar el quite de una prenda de vestir (bayeta, sombrero, etc.) o el secuestro de la señorita junto con sus amigos.

Los matrimonios se celebraban con abundancia de bebidas alcohólicas como chicha de jora, y también con platos típicos

1 Prestada de mano.

como papas con cuy, pollo y borrego. Todos esos obsequios se los entregaba a los padres de la novia un día antes de celebrar el matrimonio; en la iglesia esto se conocía como “pedido de la mano de la novia”.

El día de la santa misa de celebración del matrimonio en la iglesia, los padres del novio y de la novia se vestían con ropas típicas del sector: camisa blanca, pantalón azul, poncho rojo, sombrero negro pequeño y alpargatas blancas, signo de paz, alegría y felicidad entre familiares. De igual forma, las madres de ambas partes se ponían dos o tres polleras de varios colores, chalinas adornadas con diferentes cintas y aretes de formas muy diferentes, signo de fuerza de trabajo y de progreso familiar. Al terminar la ceremonia, los novios agradecían a los padres arrodillándose y pedían la bendición; de la misma manera lo realizaban los familiares como agradecimiento por haber acompañado la ceremonia y por el regalo entregado a los novios.

Después de estos actos religiosos muy importantes, el padre del novio invitaba a los familiares de la novia y a los acompañantes a que se sirvieran algunas bebidas como la chicha, el guarapo, el ponche y el canelazo con licor, acompañadas de una palanqueta. Inmediatamente, los padres del novio solicitaban a la banda de músicos que entonara una melodía por la celebración e invitara a todos los presentes a bailar hasta terminar de repartir las diferentes bebidas a todos los invitados.

Al término de este acto social, el padrino y la madrina del novio invitaban a la casa a servirse la comida: sopa con medio pollo del campo, arroz con un poco de papas, lechuga, medio cuy y una presa de chancho asado con un buen vaso grande de chicha de jora. A esta comida nunca le faltaba el mote con habas y un fuerte ají, en un plato de barro, molido en piedra de épocas antiguas. De igual forma, los familiares del novio entregaban a la madre de la

novia, para que lo repartiera, el *makiuchu*, que consistía en una batea grande de madera con papas, cuy, queso y pollos enteros; esto significaba la aceptación del novio dentro del seno familiar y su consideración como un segundo hijo, conocido como *masha*. Para terminar la ceremonia, la banda de músicos alegraba la fiesta hasta altas horas de la noche. Todos se chumaban de alegría.

Al día siguiente, se invitaba a todos los presentes a que asistieran a la casa del padrino para que se sirvieran el ponche, preparado de los novios con ingredientes como chicha, pan diluido, una cubeta de huevos de gallina, bicarbonato y dos litros de licor. Con esto se pasaba el chuchaqui. Además, el ponche iba acompañado del calentadito, que consistía en mote frito con huevo, cuy, queso, pollo y borrego asado, con un buen ají.

Así se celebraba el *sawari* en la comunidad Gatazo. En la actualidad se siguen manteniendo estas costumbres en un sesenta por ciento, ya que algunas se han ido perdiendo por el cambio de la sociedad y el incremento de la población.




MELANY SARAHÍ GUZMÁN
nació en Quito, Pichincha, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Hipatia Cárdenas de Bustamante. Su actividad favorita es leer.

Supay huma

Cuando Carlos oscilaba entre los tres y cuatro años de edad, disfrutaba mucho de las comparsas que desfilaban por el centro del pueblo de Malchinguí, al norte del cantón Quito. Disfrutaba tanto de estas alegorías, al punto de incluirse repentinamente entre los danzantes que avanzaban alegremente por la entonces vía principal, que era polvorienta y desnivelada en su trayecto.

Al cumplir los siete años, Carlos se convirtió oficialmente en uno de los danzantes de las alegorías que desfilaban en el pueblo de Malchinguí. Todo el pueblo disfrutaba con su presencia.

A los quince, su mayor anhelo era ser el mejor *supay huma*[1]. Para ello tuvo que aprender que ser un personaje tan importante en las comparsas no era cuestión de una simple máscara y el mejor zamarro: mejoró sus pasos dancísticos y adornó de forma más llamativa su traje. Sin embargo, ni así consiguió su objetivo.

Cierta tarde, mientras descansaba en casa después de las arduas y agotadoras faenas que el campo exige, decidió colocar algunas almohadas contra el respaldar de su cama y pensar simple y llanamente en su mayor anhelo.

Sus pensamientos se desbordaban permanentemente mientras imaginaba cómo ser el *supay huma* poseedor de la mayor energía en las comparsas. Estas realmente se realizaban solo en el pueblo, pero adquirir fama entre los suyos sería una conquista, ya que nadie es profeta en su propia tierra.

Cierta tarde, nunca supo si por somnolencia, escuchó música alegre, la misma de las comparsas, pero esta vez la melodía estaba en el patio de su casa. Ante la curiosidad, no pudo hacer otra cosa que ir a indagar el origen de dicha melodía.

Para su juvenil asombro, la melodía era muy clara. Carlos se despabiló de lo que él consideró un sueño: extrañamente se encontraba en el patio que él creía fantasía. Su madre, que arribaba de las faenas del campo, lo interrogó:

—¿Qué haces aquí, guambra *mushpa*? En vez de subir la leña como *mushpa* mismo, mirando el patio, barré aunque sea, dejá de ser vago.

Carlos, aún inquieto por lo que al parecer había sido una alucinación, accedió y continuó con sus tareas cotidianas. Sus

---

1 También conocido como *diablo huma*. Personaje tradicional que danza en calles y plazas durante las fiestas tradicionales de algunas localidades ecuatorianas.

hermanos, que eran varios, decidieron colaborar también con las labores impuestas por sus padres.

Al siguiente día, a las siete de la noche, Carlos nuevamente escuchó el ritmo característico de las comparsas, pero esta vez parecía que lo esperaban en la parte trasera de la casa, exactamente en el lindero entre esta y la de un vecino que poseía solo sembríos de maíz.

Carlos, silenciosamente, decidió saciar su curiosidad y abandonar su cama. La noche estaba con mucha neblina, característica de esta zona en épocas de invierno. El viento frío soplaba con fuerza, no se veía ninguna estrella y, peor, algún morador del sector. Todas las casas, alumbradas por velas o mecheros, agonizaban una a una como si estuviesen sincronizadas.



Aprovechando este paisaje, Carlos decidió seguir el sonido musical de la comparsa, que poco a poco era más intenso. Cruzó varios sembríos, así como calles polvorientas. El silencio era rotundo, pero al parecer Carlos estaba hipnotizado por un sonido imperceptible para los demás. Sin embargo, no sentía miedo alguno.

Su larga caminata finalmente llegó a una de las quebradas más profundas y temidas por todos los ciudadanos de Malchinguí. Descendió por ella, se agarró de algunas plantas de espinos y no sintió dolor alguno. El sonido, que en este punto ya era estruendoso, al fin paró.

Carlos tomó conciencia del lugar donde se encontraba y se preguntó: "¿Qué hago aquí?". Y escuchó una voz que le decía:

—He escuchado tu anhelo, ¡ser el mejor danzante, el mejor *supay huma* de todos en toda la región!

—¿Quién eres tú? —increpó Carlos.

Y escuchó como respuesta:

—Eso no interesa. Lo que importa aquí es que puedo cumplir tus anhelos.

Carlos, muy interesado, dijo:

—¿Y cómo me puedes ayudar?

—Tú quieres mucha más energía para tus presentaciones, ¿verdad? Pues muy bien, yo cumplo tu deseo, así como una juventud bastante extendida para que participes por muchos años y que tu nombre trascienda en otros cantones. Así adquirirás fama y fortuna, porque serás muy solicitado.

Carlos aceptó de inmediato, pero le faltaba escuchar las exigencias de ese extraño espíritu con quien estaba realizando un pacto.

Este manifestó:

—Yo a cambio quiero que me dediques cada danza, que siempre te encomiendes a mí y que cada vez que muera un pariente tuyo me ofrezcas su alma. —Y rio a carcajadas—. Este es el pacto que tendremos desde hoy hasta el fin de tus días y de los de toda tu descendencia.

Carlos, imprudente y sin razonarlo mayormente, aceptó el trato. Una vez concluido el diálogo, un torbellino de neblina giró y giró en la quebrada hasta que arrojó una máscara de *supay huma* especialmente adornada. Carlos la tomó entre sus manos y salió rápidamente de ahí. Al llegar a la vía principal, apareció un pequeño niño que llevaba leña y que, bastante asustado, observó cómo Carlos abandonaba la quebrada y su cara brillaba extrañamente.

Así, Carlos se convirtió inexplicablemente en el mejor *supay huma* de su región. Su nombre trascendió por la fama de una extraña energía que lo invadía al danzar en las alegorías, sobre todo cuando se colocaba su máscara. El extraño espíritu cumplió su anhelo, pero también era tiempo de pagar el acuerdo. Fue así cómo, al pasar el tiempo, murieron de manera extraña algunos de sus parientes: una de sus nietas, la más pequeña, murió ahogada en un tanque de agua de la casa; otro se suicidó; y otros fallecieron en accidentes de tránsito realmente extraños y aterradores.

Actualmente, Carlos vive con el resto de su familia en el pueblo de Malchinguí. Nunca se enferma —cosa muy extraña—. Realiza otras actividades fuera de casa, pero continúa danzando con una energía inexplicable y jamás cede su máscara, porque sabe que es intransferible.




ELMER STIVEN CRIOLLO
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Miguel de Cervantes.

Historia del danzante de Alpamálag

En la década de los curenta, o quizás antes, en donde hoy es Alpamálag de Ramospamba, se celebraba cada año una fiesta tradicional en agradecimiento a las cosechas recibidas. Su evento principal era el baile del danzante, principalmente en las fiestas de Corpus Christi.

Cada año, los moradores del lugar se preparaban para esta presentación en donde hoy es Pujilí. A la cabeza del desfile estaban mi abuelo Antonio Criollo y mi abuela Vicentina, quienes cumplían con el cargo de alcalde y mama alcaldesa. Tras ellos seguían los bailarines, quienes danzaban al son de la música que tocaban cinco tamboneros. Su función era entonar el ritmo del danzante autóctono de Alpamálag.

Era necesario ir acompañados por una banda de pueblo con los siguientes instrumentos: trompeta, clarinete, bajo, caja, bombo y platillos. En el transcurso de la danza entonaban infinidad de canciones antiguas.

Para la presentación y el baile de los danzantes, tenían que alquilar la ropa con anticipación; cada traje costaba entre doscientos y trescientos sucres, que pagaban en billetes o en monedas antiguas. Para ello acudían a la casa del señor Pedro Padilla, tatarabuelo del actual presidente de la comunidad. Este vecino Pedro era dueño de ocho paradas de ropa elaboradas con sus propias manos, y en otros lugares compraba algunos accesorios: por ejemplo, las plumas que llevaba el danzante en la cabeza venían de otro país, y en esa época cada una costaba cinco sucres. Después de la muerte del dueño de las vestimentas, ningún hijo las heredó: fueron vendidas a la comunidad llamada El Relleno, principalmente al señor Simón Chicaiza.

Antiguamente, los danzantes debían estar preparados para bailar durante ocho días, que era el tiempo que duraba la fiesta. La tradición era preparar en Angamarca la chicha en grandes barriles, y traerla utilizando como medio de transporte a las mulas. Por otro lado se preparaba la cala, que constaba de naranja, plátano, ají, pan y tuna; era repartida a los acompañantes de los bailarines y las mama danzas. Todos estos productos eran llevados en burros desde Pujilí.



Los danzantes, músicos y acompañantes iban a pie por la loma de Isinche con los trajes puestos. En el largo trayecto de ida y vuelta se quedaban a dormir en posadas: la primera estaba ubicada a la entrada del Caillagua; la segunda, a un costado del cementerio actual; y la tercera, enfrente de la que hoy es la plaza de papas.

Durante los días de fiesta se alimentaban con el cariucho, un plato que preparaban en las posadas y que estaba compuesto de papas, mote y colada de harina de maíz, acompañado de chicha.

Antes de que la fiesta terminara, la gente retornaba a sus hogares y pasaba bailando por la casa de cada uno de los disfrazados. Para ello, los vecinos colaboraban con ramas de eucalipto y palos, que servían para elaborar los toldos en los que se reunían los acompañantes. Finalmente, seleccionaban a los nuevos priostes y les entregaban el bastón de mando, que iba acompañado por un mediano (papas, cuy, chicha y mote).




JORGE HUMBERTO GUANOTUÑA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Leopoldo N. Chávez.

Costumbres y tradiciones de la parroquia Guangaje

Cuenta mi abuelo Salvador Pastuña las costumbres y tradiciones de la parroquia Guangaje. Las tradiciones conservadas por nuestros abuelos han venido desapareciendo y van siendo reemplazadas por otros idiomas, costumbres, tradiciones, culturas,

religiones, etnias, etc. Muchos indígenas han sido explotados y discriminados por los mestizos. Por ejemplo, al hablar su idioma oficial, el kichwa, y no poder expresarse en español, muchos tenían miedo de salir a la ciudad. Pero sin importar la segregación, nuestros abuelos han vivido muy felices junto a su familia.

Así, la mayor parte de los indígenas ha venido cambiando su forma de vestir, sus valores, su cultura, sus creencias e incluso su idioma, para combatir con los mestizos y no seguir excluidos por ningún individuo. Por esta razón, al comparar la actualidad con la vida antigua, se puede ver muchas diferencias y que mucho va cambiando.

Enamoramiento

Mi abuelo cuenta que para enamorar a una chica los hombres han sabido quitarle la chalina o cualquier objeto, entonces ella tenía que seguir al hombre, para que le entregara su chalina. Ahí él manifestaba sus sentimientos y así se enamoraban.

Matrimonio

La mayoría de los jóvenes se casaban por obligación de los padres. Eran ellos quienes proponían a las novias, viendo a una mujer trabajadora, educada y simpática. También influía cuando se llevaban bien entre padres. Luego realizaban la fiesta con todos los familiares de los novios en la casa del hombre y esta tenía una duración de una semana. Los músicos que hacían bailar formaban un grupo de cajas y flautas.

Vestimenta

La gente se vestía con la ropa de la parroquia Guanaje. Los hombres usaban poncho rojo, pantalón largo de cualquier color, sombrero negro o azul, alpargatas blancas y en algunos casos



andaban a pie descalzo. Y las mujeres llevaban blusa, anaco o falda larga de color negro, debajero, sombrero y una *vaitilla* o chalina.

Fiesta

Había diferentes fiestas en la parroquia Guangaje, tales como: Pascua, Sankus, Nochebuena, Corpus Christi y Año Viejo, y todas ellas duraban casi una semana.

Educación

Los hombres tenían derecho a la educación hasta el tercer año de básica; en cambio, las mujeres se preparaban para ser buenas amas de casa.

Agricultura

Los abuelos siempre han sabido salir a las 5h00 para cultivar el campo. Después de terminar sus labores, rezaban y regresaban al hogar. Entre todos quienes colaboraban en el cultivo de la *Pacha Mama* realizaban una fiesta. Los abuelos y las demás personas indígenas han sabido alimentarse con los productos del campo, como: máchica, arroz de cebada, quinua, habas, *mashua*, papas, melloco, entre otros. Por tal motivo gozan de una buena salud, ya que la mayoría han muerto con más de noventa años de edad.

En la actualidad nada es igual, todo ha cambiado en la parroquia Guangaje. Poco a poco los jóvenes van perdiendo las costumbres y tradiciones de nuestros ancestros.

OLIVER ALBERTO MOLINA
nació en Cuenca, Azuay, en 1980. Trabaja en la Unidad Educativa Carlos Rivadeneira. Sus actividades favoritas son la enseñanza, el atletismo y la escritura.

Esperando que llueva

Todos me dicen Beto, y ya cuento con cerca de treinta años. Cada año, mi madre decía:

—Ojalá que llueva. —Y yo no entendía por qué…

Recuerdo mi niñez, la aventura de sentir el frío de las madrugadas quiteñas y el susurrar del viento en mis oídos. Cierro

mis ojos y me transporto algunas décadas atrás, cuando escuché una voz que me decía al oído:

—Beto, Beto, Beto….

Medio dormido y con los ojos entreabiertos vi la silueta de mi madre, que murmuraba:

—Ya es hora, levántate. Hoy iremos a atrapar sueños.

"¡Atrapar sueños! Eso es lo que estoy haciendo cuando duermo", decía yo en mi mente. Todavía amodorrado, pregunté la hora.

—Las cuatro de la mañana —dijo mi madre.

"¡Mamá está loca! Todavía hay que dormir…", pensé.

—Abrígate bien, ponte los guantes, que el resto lo llevo yo —dijo mi madre.

Me levanté de mala gana e hice caso a mi madre. Unos pocos minutos después, escuché fuera de casa el piii, piiiiii.

—Apúrate, que tu tío ya está afuera, nos está esperando.

Bajé con los brazos cruzados cual niño enojado, con el ceño fruncido, y salimos. Para sorpresa mía, estaban mi tío Juan, su esposa y mis dos primos, Javier y Fernando. Ellos, emocionados al verme, y yo que echaba chispas… Imagínense salir en la madrugada con la temperatura de Quito, en lugar de estar durmiendo acostado en la cama y bien abrigado; pero bueno, subimos al automóvil. Recuerdo claramente un carro rojo que funcionaba de milagro. Con decirles que la llanta de emergencia estaba en emergencia.

Mis tíos y mi madre estaban de lo más felices, al igual que Fernando y Javier, que intentaban conversar conmigo. Yo no daba marcha atrás, estaba que me llevaban los mil diablos. Me contaban lo que íbamos a hacer, pero yo estaba tan molesto que me hacía el que escuchaba mientras en realidad estaba en otro mundo.

Finalmente, el carro se detuvo en un lugar desolado. Bajé y observé más personas, todas habían ido en automóvil, todas vestidas como yo. Miré hacia atrás: pastizales. Miré a la derecha: más pastizales. Era lo único que había, mirara donde mirara.

A las cinco de la mañana, todos empezaron a salir de sus autos. Mi madre, mis tíos, mis primos y el resto de gente bajaba con fundas en las manos.

Varias personas susurraban:

—Ayer llovió…

—La madrugada no esta tan fría…

—Entre las cinco y cinco y media salen…

Yo en mi mente me preguntaba: "¿Salen? ¿Quiénes salen?". No entendía, pero igual seguía caminando junto a mi madre, llevando una funda. ¿Para qué? No sabía. Observaba que la gente buscaba algo en el pastizal. Por un momento pensé que estaban buscando los famosos hongos comestibles, pero me decía: "¿Para qué venir en la madrugada si a esos se los encuentra durante el día?".

Mis zapatos estaban completamente mojados; mis manos, congeladas del frío, y no se diga mi nariz, roja como una manzana. Cuando empezó a aclarar el día, la gente, decepcionada, decía:

—Vamos…

—Hay que ver qué pasa hoy…

—Ojalá que salga el sol y llueva en la tarde, y que no caiga granizo…

Cada quien para su auto, con las manos vacías y congeladas. Yo, más enfurecido que nunca: "Me trajeron para morirme de frío y mojarme los zapatos. ¡Todo esto para nada!".

Ya en el auto, decidí hablar y pregunté qué habíamos ido a hacer. Para sorpresa mía, mi madre me dijo:

—Vinimos de cacería.

—¿Cacería? —contesté yo—. ¿A quién vamos a cazar? ¿Y por qué tantas personas vienen de cacería? ¿No saben que a los animales silvestres no se los caza? —Mis tíos, mi madre y mis primos soltaron una carcajada. Enfadado, les pregunté—: ¿De qué se ríen?

Cuando pararon de reírse, me explicaron que íbamos a cazar unos insectos, los famosos catzos blancos, que hoy entiendo que pertenecen al orden de los coleópteros, de la familia *Platycoelia lutescens;* lo particular de estos insectos es que solo salen en época de Finados. Es una tradición del sur de Quito recolectarlos para consumirlos con tostado, aunque previamente fritos con algunas especias y manteca de chancho.

Al llegar a casa, alrededor de las seis y media de la mañana, lo único que quería era ir a mi cama y seguir durmiendo, ¡pero nada! Mi mamá me dijo:

—Ve, toma una ducha y cámbiate para desayunar, que nos toca ir al cementerio de la Magdalena a visitar a la abuelita Josefina.

Cuando acabé, ¡oh, sorpresa!, me esperaba una deliciosa y humeante colada morada, acompañada con una guagua de pan. Esto me cambió el genio; ¡disfruté tanto de mi delicioso desayuno que hasta pedí un poco más!

Así empezó la cacería de sueños, mi primera aventura. Durante mucho tiempo estuvo en latencia en mi hogar, pero sin duda recordar aquel momento me hace preguntarme por qué hizo esto mi madre. Lo único que se me viene a la mente es que me quiso enseñar que después de la tempestad algo tiene que florecer. Por ello, después de tantos años he retomado esta tradición quiteña.

Hoy, mi madre y yo nos levantamos a la misma hora, en la misma fecha de búsqueda de los sueños que no pudimos



conseguir años atrás. Hoy lo hicimos por cumplir el de mi hijo, que es un fanático de esta extraña tradición. Tras treinta años de levantarnos en la madrugada, morirnos de frío y correr con la mala suerte de no cazar ni un solo catzo, ahora tenemos el afán de llevar este delicioso manjar a mi hijo.

Al fin, luego de mucho tiempo, llovió en la tarde del 2 de noviembre. Cuando llegué a la casa vi a mi madre sentada en la sala. Nos quedamos viendo y tuvimos la misma idea:

—¡Mañana sí hay catzos, ya llovió! —Nos fuimos a dormir con la esperanza de que en la madrugada no lloviera ni cayera la helada.

A las cuatro de la mañana esta vez fui yo quien se acercó al dormitorio de mis padres.

—Madre, ya es hora. Vamos —le susurré al oído.

Mi madre se levantó y salimos en nuestro auto con dirección a Lloa, una pequeña población de la zona rural del sur de Quito, cerca de la iglesia del Cinto. Allí nos esperaban nuestros sueños.

Llegamos con un frío que nos congelaba todo. Cuando dieron las cinco de la mañana, todos los aventureros comenzaron a salir de sus autos y a adentrarse en los pastizales. A lo lejos se empezaron a escuchar los primeros gritos:

—¡Ayyyy!

—¡Por allá! ¡Corre, corre, cógele!

—¡Cuidado te caaaeees!

De repente escuché un tétrico "¡No, no, no, no, quítamelo, quítamelo!". Regresé a ver y era mi madre queriendo espantar a estos insectos. Sorpresa para mí: después de tantos años de cacería, no sabía que les tenía miedo. "¿Cómo se le ocurre venir a coger estos insectos si les tiene miedo?", pensé. Lo único que se me ocurrió en ese instante fue que lo hacía por mí, para que entendiera que después de la tempestad viene la calma, y que hay que afrontar los miedos.

Absorto en estos pensamientos, seguía escuchando los gritos. Cuando alcé la vista, vi a nuestro alrededor un enjambre de catzos. Tomé la funda que tenía y comencé a meterlos en ella. Recordé mi cara la primera vez que fui de cacería y pensé en lo que me había perdido, la alegría que tienen las personas que se reúnen en familia. Me sentí como debería haberse sentido el niño de siete años cuando mi madre me llevó por primera vez.




FÉLIX SAMUEL HARO nació en Guayaquil, Guayas, en 1935. Actualmente está jubilado. Su nieta Nicole Haro estudia en la Unidad Educativa del Milenio Penipe.

El animero

En el Día de los Fieles Difuntos, en el mes de noviembre, las personas visitan las tumbas de sus seres queridos, las adornan y les ponen flores, costumbre que se mantiene hasta nuestros días. Asociada a ella, en algunos pueblos se conserva la presencia del animero, que aparece entre las once de la noche y las tres de la mañana, recorriendo las calles de la población entona un lúgubre rezo por las almas del purgatorio.

Pero ¿quién es el animero? Es un hombre generalmente alto, fornido, con voz grave y, sobre todo, con los nervios bien puestos.



Se pone una larga alba y una capucha de color blanco. En su mano derecha lleva una sonora campanilla, y en la izquierda porta una calavera y un crucifijo, que lo acompañan en su largo recorrido. Su cintura está ceñida por un cordón también blanco que le sirve para defenderse de los perros que lo incomoden en su caminata. De su cuello pende un rosario de grandes cuentas.

Una vez vestido, procede a hacer repicar la campanilla que porta e inicia su largo caminar hacia el cementerio. Luego de santiguarse en el portón, en medio del camposanto, ante la cruz mayor, reza una devota oración e inicia su tarea cantando en las cuatro esquinas del cementerio. Luego, sale y comienza su labor en las calles de la población: deteniéndose en cada esquina, hace sonar la campanilla y con lúgubre y lastimero canto a plena voz dice:

—Recordad, alma dormida en tu profundo sueño: rezarás un padrenuestro y un avemaría por las benditas almas del purgatorio, por el amor a Dios. —Luego, hace sonar nuevamente su campanilla y prosigue. Quien escuche este pedido difícilmente podrá olvidarlo.

Nadie puede caminar al lado del animero; hay que dejar una cuadra de distancia, porque se dice que lo acompaña un tropel de almas agradecidas que lo custodian.

Este oficio se transmite de generación en generación, de padres a hijos o a algún familiar. No todos pueden hacerlo, porque no es nada fácil y se necesita fortaleza física y anímica.

Su presencia es hoy una curiosidad que atrae a los turistas. Ahora es muy fácil apreciar esta novedad: las calles asfaltadas o adoquinadas, la luz eléctrica y las amplias calles y avenidas lo facilitan. Los animeros de antaño tenían que ser fuertes y valientes, pues las calles eran polvorientas y estaban llenas de baches. Además, las noches eran oscuras; la gente se refugiaba muy pronto en sus casas, ya que se alumbraban con mecheros y candiles.

Esta tradición se ha hecho costumbre en el cantón Penipe, de la provincia de Chimborazo, y subsiste desde hace más de cuatrocientos años. Es un legado de los españoles que, como otros, nuestro pueblo conserva y mantiene.




JOSÉ LIZANDRO MUENTES
nació en Portoviejo, Manabí, en 1968. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Padre Jorge Ugalde. Su actividad favorita es la educación.

Las fiestas de San Pedro y San Pablo

Era un fin de semana en la ciudad de Manta, en la época de las fiestas de San Pedro y San Pablo. Como era costumbre, la gente salía a ver los desfiles de los santos patronos, que iban acompañados de bandas de pueblo.

El comercio también se preparaba para ofrecer a las mujeres vistosos vestidos con mucha bisutería. Se adornaban como

arbolitos de Navidad para asistir al baile que amenizaban las orquestas Don Medardo y sus Players y Puerto Azul, en la que yo trabajaba de bajista.

Los desfiles empezaban aproximadamente a las nueve de la mañana. Solía haber banderas con culebras, símbolos del poder del mal aplastados por los santos.

Las bebidas alcohólicas y la comida se acababan rápidamente, pero lo más importante era la fiesta que se hacía en la noche: las orquestas afinaban sus instrumentos mientras la gente estaba a la expectativa del baile. Yo veía cómo las pistas se llenaban de parejas de enamorados, esposos y hasta de amantes que disimulaban.

Una de las cosas más bonitas que me sucedieron fue ver a tres mil personas bailando a nuestro compás. Todos los músicos nos inspirábamos y alegrábamos el ambiente.

Estas fiestas populares, que duraban una semana, se realizaban en Jaramijó, San Mateo, Manta y otros pueblos a los que siempre íbamos a tocar.






ROSA MARTÍNEZ
nació en Gatazo Chico, Chimborazo, en 1969. Trabaja en la Unidad Educativa Santiago de Quito. Su actividad favorita es cantar.

Las fiestas de pueblo

Muchas veces mi papá Manuel nos narró historias acerca de su niñez. Nació en el año 1943 y en ese entonces la gente de su comunidad, Gatazo Chico, en la provincia de Chimborazo, vivía celebrando fiestas en honor a ciertos santos. Entre los más conocidos estaban san Pedro, san Isidro y la Virgen de la Nube.

En la misa, el sacerdote nombraba al nuevo prioste del santo que correspondía a la fecha. La familia del prioste se preocupaba y entristecía por la gran responsabilidad, debido a la falta de recursos económicos; sin embargo, el sacerdote, los amigos, parientes y líderes de la comunidad los obligaban a cumplir con tal designación. En caso de incumplir, perdían el respeto y aprecio de la gente; es más, estas personas manifestaban que el santo podía castigarlos con la muerte, enfermedad u otra calamidad en la familia, porque era un dios. Frente a esto, una vez aceptada la designación, comenzaban a trabajar arduamente con toda la familia. Muchas tenían que vender terrenos, animales y productos, y también explotaban a sus hijos varones enviándolos con tiestos, platos de barro, hilos, sogas, harneros, etc., para venderlos en las comunidades de los lejanos cantones de Guamote, Chunchi y Alausí, y hasta la provincia de Bolívar.

En aquel tiempo no había transporte público, así que debían viajar caminando. Esta caminata duraba muchos días, durante los cuales debían soportar cansancio, hambre, sed, calor y frío. Dormían en el lugar donde les anochecía, ya fuera una quebrada, un páramo o un camino, y a veces por suerte alcanzaban a llegar a una casa, donde personas caritativas les daban posada. Cuando llegaban al lugar de la venta, caminaban de casa en casa ofreciendo los productos. Los compradores tampoco tenían recursos económicos, pero realizaban trueques con gallinas, lana y cuero de borrego, chivo y ganado. Para volver a sus hogares, debían caminar de la misma manera en que habían llegado.

Las hijas tenían la tarea de pastar borregos, escarmenar e hilar la lana de borrego para que sus padres pudieran tejer ponchos, anacos, bayetas y cobijas para la familia.



Cuando llegaba la fecha de la fiesta, el prioste tenía preparadas comida, bebida, música y corridas de toros, que duraban una semana. La comida básicamente consistía de máchica para hacer el denominado chapo con agua de panela o con chicha, así como coladas de harina de maíz, trigo, cebada o lenteja, acompañadas con dos o tres papas y nabo. La bebida típica era la chicha de jora fermentada, que debían tomarla todos los acompañantes.

La fiesta iniciaba el domingo con la misa en honor al santo, luego de lo cual se trasladaban a la casa del prioste. Solo los padres tenían el derecho de asistir a dichos eventos; los hijos se quedaban en casa y cumplían con los quehaceres domésticos. El deber de los padres era regresar con la denominada *guanlla*, esto es, la comida

brindada en la fiesta para los hijos. Algunos no regresaban sino hasta después de una semana de acabada la fiesta, cargando las *guanllas* en descomposición. Durante ese lapso de tiempo, los hijos no tenían nada que comer y algunos recogían espigas de cebada tierna que fregaban y comían; otros, en cambio, recogían flores de nabo y las hervían para comerlas.

Es por esta triste realidad que mucha gente de aquel entonces vivía en extrema pobreza, dedicada a la borrachera aun sin que hubiera ocasiones especiales, porque en toda casa tenían chicha fermentada. La mayoría no se preocupaba de sus hijos, y menos pensaban en la educación. Los mismos padres discriminaban a sus hijas diciéndoles que era pecado para ellas ir a la escuela, y que solo servían para los quehaceres domésticos. Para los varones era más común asistir a la escuela; aun así, pocos iban, debido a que amigos y familiares los humillaban diciéndoles que allí solo aprendían a ser vagos. Pocos pasaban más allá del segundo o tercer grado.

BERTA HIDALLA ARCINIEGA
nació en Pimampiro, Imbabura, en 1966. Trabaja en la Unidad Educativa Jacinto Collahuazo. Sus actividades favoritas son la lectura de literatura y escribir cuentos.

Los gitanos

Recuerdo que hace muchos años, siendo aún niña, miraba maravillada cómo llegaban los gitanos a mi pueblito polvoriento en época de vacaciones escolares. Llegaban en caravana, con sus carretas, carrozas y carros llenos de muebles, objetos de cocina, ropa, cables eléctricos, animales y carpas para montar un circo que entretendría a la población. Sobre todo recuerdo la presencia de bellas mujeres que, con su cartomancia, leían el futuro de sus clientes.

Siempre rondó en mi cabeza la idea de que estos personajes eran seres mágicos, llenos de sabiduría y misterio. Más tarde comprendería que su historia viene de muchos siglos atrás. Se cree que son originarios de Egipto o el noroeste de la India… Lo cierto es que vinieron a América, seguramente junto a Colón, y de ahí llegaron a todos los países del continente, incluyendo el nuestro.

Muchos niños curiosos nos acercábamos sigilosos a ver la llegada de estos extraños seres de otro mundo. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, armaban sus "casas", por así decirlo. Eran unas enormes carpas coloridas y desgastadas que ponían un toque pintoresco y de alegría en el pueblito.

Su dialecto era muy diferente al nuestro, hablaban lenguas extrañas con acentos raros. Solo las mujeres que leían las cartas y el tarot hablaban más fluido el castellano. Después supe que su dialecto era venía del Romaní, su lengua originaria. Por su condición de nómadas, estos personajes manejan una rica cultura y saberes ancestrales de todos los lugares que van recorriendo. Otra cosa que me fascinaba era su hermosa vestimenta y la belleza de las mujeres, parecían artistas de cine de los cincuentas o los sesentas, con sus faldas floreadas, las blusas adornadas con encajes delicados y bellos, largos pendientes, pulseras, collares y adornos en sus hermosas cabelleras. Sus sonrisas amplias y cautivantes invitaban a consultar el destino por medio de sus cartas. Los hombres también eran guapos, musculosos, con profundos ojos negros, cabello ensortijado y vestimenta sencilla. Generalmente usaban pantalones blancos con camisas sueltas, y algunos llevaban una especie de turbante en sus cabezas. Se podía ver familias completas con niños hermosos en sus brazos.

En los siguientes días un carrito viejo recorría las calles anunciando por altoparlantes las funciones del circo. No recuerdo



su nombre, pero promocionaban malabares con chivos, perros, monos, equilibristas y trapecistas, el lanzamiento del hombre bala y, por supuesto, pronosticaban el futuro referente al amor, al dinero o a la salud.

A la salida de la escuelita formábamos grupos numerosos para ir a curiosear al circo. Mirábamos entre sus carpas cómo ensayaban los malabaristas, otros subían y bajaban obstáculos con sus animales, algunas mujeres preparaban sus alimentos en sus improvisadas cocinas, y en unas cuerdas secaban su ropa multicolor.

Había un gitano que parecía el mayor de todos. Tenía una barba descuidada y extremadamente larga, todos los días cocinaba

algo en una gran olla humeante; tal vez algún mineral, pues emanaba un olor fuerte a metal y despedía un raro humo azulado. Este hombre seguramente era una especie de Melquíades, el alquimista, personaje que quería convertir los metales en oro en el Macondo de García Márquez.

Los gitanos habían instalado dos tiendas adicionales al circo, una para vender golosinas y otra era la sala de espera, donde las bellas mujeres leían el tarot para ofrecer recetas de felicidad y riqueza a los creyentes de la buena suerte. Las personas hacían largas filas, todos eran adultos. Yo también sentía curiosidad ante las maravillas que contaban los clientes, pero no tenía dinero, además los niños no hacían colas para averiguar el futuro, se suponía que nosotros sí éramos felices. De vez en cuando rondaba una bella gitana sonriente que un día me dijo:

—Ven… te leo la mano. —Yo, nerviosa, le manifesté que no tenía dinero, a lo que contestó—: No seas tonta, yo no te voy a cobrar nada. Ven…

Extendió su mano buscando la mía y miró detenidamente mi pequeña palma. De rato en rato me miraba y luego bajaba la vista a mi mano nuevamente, hasta que finalmente dijo:

—Veo claramente que llevas dicha en tu corazón y eres capaz de hacer feliz a las personas que están a tu lado. Eres muy fuerte y luchadora, nunca te vas a rendir ante nada. Pasarás muchas dificultades pero finalmente lograrás vencer. Veo que eres el signo de la cabra y tu elemento es tierra, eso determina que eres capaz de vencer todos los peligros de tu vida. —Hizo una pausa y después de un momento siguió—: ¿Has visto a las cabras subir las montañas más altas y peligrosas?

Yo afirmé:

—Siempre veo chivos subidos en unos peñascos, buscando algo de comida.

Y ella manifestó:

—Así es tu vida… ve con dios.

El circo permaneció como un mes distrayendo a toda la gente y finalmente partió de la misma forma en que llegó: en caravana y dejándonos ciertas directrices de vida.

Las palabras de la hermosa gitana se han quedado rondando en mi mente. Sin duda, a medida que pasan los años, voy confirmando su sentencia. Sigo venciendo obstáculos y esperando llegar a la cima, como lo hacen los chivos.

NANCY MARGOT RIVERA
nació en Alausí, Chimborazo, en 1966. Trabaja en la Unidad Educativa Cornelio Dávalos Donoso. Su actividad favorita es escribir poemas y relatos.

Costumbres y tradiciones de mi recinto

Los relatos sobre las costumbres y tradiciones de un pueblo combinan la ficción con hechos cotidianos, con la finalidad de ilustrar y divertir.



La Victoria es mi patria, mi cuna. Al igual que otros lugares, pueblos y ciudades, ella guarda celosamente su historia, la misma que se va transmitiendo de generación en generación a través de costumbres y tradiciones. Quizá no haya necesidad de buscar o desempolvar libros para enterarnos de lo que el tiempo se llevó. Los ancianos son la fuente de esta sabiduría, con un suspiro alargado y fijando su mirada en el pasado sacan a relucir sus recuerdos de antaño y cuentan las vivencias que marcan la identidad de nuestro pueblo.

Entre el mito y la leyenda, relatan cómo era la caza de la guanta. Cuando la luna aparecía en la noche, los cazadores esperaban con ansia su mengua para salir en busca del preciado animal, luchando contra el miedo a lo desconocido. En medio de

la noche y la montaña, el movimiento de las ramas y el sonido de los animales silvestres se confundían. La mente divagaba entre lo natural, lo sobrenatural, la emoción y el temor. De pronto el bosque se estremecía y salía el presuntuoso animal. Lo cazaban y este se convertía en un suculento guisado, preparado por la señora de la casa.

Aprovechando lo que nos brindan los ríos Blanco, Chimbo y Mayllaguán, los moradores realizan sus faenas de pesca. Con la esperanza abierta como las redes que lanzan entusiasmados, atrapan el fruto de las aguas: variados peces y, si la suerte los acompaña, camarones y langostinos. Esta actividad se ha vuelto costumbre, pues entretiene y alimenta a quienes la realizan.

Según el calendario, el Carnaval es una fiesta tradicional y de reencuentro familiar. Al son de las coplas, los moradores danzan alegremente, recorriendo el recinto y visitando los hogares. Van acompañados por el Taita Carnaval, que brinda chigüiles, mote, pan y chicha a cambio de fritada, caldo de salchicha y aguardiente de pura caña, bebida propia de mi tierra.

Las fiestas patronales del recinto iniciaron con un sueño. La señora Georgina Mera viajaba mes a mes a Durán, a la misa en el Santuario del Divino Niño. Ella cuenta que una noche, en sueños, el Divino Niño le pidió que levantara un santuario en la localidad, al que pudieran acudir todos los fieles devotos. Movida por la fe y el amor, Georgina Mera donó un lote de terreno e inició con la construcción de la gruta. Luego, con la ayuda de los moradores creyentes, adquirieron la imagen del Divino Niño y lo declararon patrono del recinto. Todos los años, a mediados de diciembre, los priostes organizan eventos en homenaje al patrono con la colaboración del pueblo. La banda de música y los voladores van de casa en casa despertando a todos los vecinos con su

algarabía. El tradicional canelazo, el vino hervido y las mistelas nunca deben faltar, a su salud se abriga la mañana. Empiezan los juegos populares: el palo encebado y las ollas encantadas, donde participan los niños y adolescentes. La emoción se acelera al llegar la tarde, cuando inicia la corrida de toros. Los astados salen al ruedo y se enfrentan a los jóvenes, que con la adrenalina al máximo demuestran su pericia mientras la banda de música alegra el espectáculo. En la noche, los aficionados a la música acuden de diferentes lugares —Guayaquil, Quito, Ambato, Guaranda y los alrededores— al festival de la canción nacional, con la finalidad de ganar los premios que se ofrecen al primer, segundo y tercer lugares.

La historia de un pueblo se conoce a través de sus costumbres y tradiciones; aquí yo les he presentado las nuestras.




GINA EVELIN CANDO nació en Otavalo, Imbabura, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Jacinto Collahuazo. Sus actividades favoritas son bordar, leer y escribir.

Una costumbre de mi cultura

Otavalo es un lugar de ensueños y vivencias, donde cada historia se llena de vida y color, engrandeciendo acontecimientos que marcaron y marcan aún la historia que nos llena de risas y saber.

Iniciaré relatándoles una anécdota que ocurrió hace algún tiempo atrás. Cuando yo tenía siete años y mi hermana mayor tenía quince siempre nos quedábamos solas en casa, ya que mis

padres salían a trabajar en otras ciudades. Ambas disfrutábamos de la mutua compañía y de los juegos tradicionales que solíamos jugar con los niños de la comunidad.

Cierta tarde, cansadas de estar fuera de casa, decidimos regresar y reposar un poco. Una de las costumbres de mi cultura es ofrecer un licor completamente puro en las festividades, compromisos o festejos, así lo hacían en mi casa y por eso mis padres guardaban este licor en una estantería que aún era grande para mí. La botella había quedado de un compromiso realizado la semana anterior, para ser exacta fue el bautizo de un niño. Entonces se me ocurrió jugar con mi hermana a simular un bautismo, en el que ella sería la madrina y yo la madre del niño bautizado. Decidimos recrear la escena de la forma más real, por lo que le pedí a mi hermana que trajera un vaso para brindarle agua, haciéndola pasar por licor puro. Pero como siempre mis locuras sobrepasaban el límite, bajé la botella de licor y no la del agua. Entre risas y risas y repitiendo constantemente "¡Salud!", ofrecí la primera copa a mi hermana y ella se tomó todo de un bocado. Al principio su rostro se puso muy gracioso, ya que el licor era muy fuerte, pero al parecer le gustó porque me pidió otra copa. Yo, toda feliz, seguí brindando con ella, hasta que luego de unos cuantos minutos quedó completamente ebria y tirada en el piso.

Por mi edad no entendía claramente lo que estaba pasando, lo primero que se me pasó por la mente fue que estaba muerta, así que lloré y lloré sobre el cuerpo de mi hermana pensando que todo era mi culpa.

Unas horas después, cuando ya estaba oscureciendo y comenzaba a llover mis padres llegaron de trabajar y encontraron una escena que me imagino era impactante. Yo seguía llorando sobre mi hermana, que se encontraba tirada en el piso, junto a una botella de licor puro vacía. Mis padres preguntaron qué estaba

pasando, pero por mi impotencia ante el supuesto fallecimiento de mi hermana no pude decir nada.

Mi padre se acercó a mi hermana y lo primero en que se fijó fue la botella. Sin emitir ni una sola palabra fue hacia la llave de agua, tomó un vaso, lo llenó y se lo echó a la cara. En seguida mi hermana despertó con signos de una resaca muy fuerte. Ante este suceso empecé a narrar lo que había sucedido a mis padres, quienes, entre risas y enojos, nos castigaron bajo la lluvia.

Y así fue la primera experiencia de mi hermana con la costumbre de mi cultura de ofrecer un licor completamente puro en las festividades, compromisos o festejos.



MIGUEL ÁNGEL SEVILLA
nació en Latacunga, Cotopaxi, en 1978. Trabaja en la Unidad Educativa Guapara. Su actividad favorita es la docencia.

En busca de mis alforjas

En aquel tiempo de muchachito bullanguero no había reconocido aún el verdadero significado de ser un guagua negro en la tradicional fiesta de la Mama Negra. Sí entendía que era una gran fiesta y que participar en ella era lo mejor, ya fuera pintado de negro, danzando, de capariche, de camisona…

Mi padre, como buen *mascha*, me decía:

—A ver, mijo, no me vayas a hacer quedar mal. Esta es mi tradición. No hay que ser chagra, ni *chiquillashca*.

Entonces, tas, adentro de la alforja, una bolsa tejida con hilos de cabuya que ocupaba tanto espacio que uno apenas entraba. Luego, flan, encima de las ancas del caballo, colgados como *guayungas*. Claro, éramos dos, uno a cada lado.

Yo debía levantarle la falda, para aventarle y que se sintiera fresco, a un hombre disfrazado de mujer negra que iba cabalgando toda la fiesta. Después de unas tres cuadras debía bajar a dar unas plegarias a mamá Miche y soltar una paloma blanca con un mensaje en su pata suplicando a la Virgen de las Mercedes que la oración se cumpliera, tan sencillo como eso... Terminaba con todo el cuerpo acalambrado y adolorido, pero ahora entiendo las palabras de mi padre.





HORACIO RENÉ JARAMILLO
vive en El Corazón, Cotopaxi. Está vinculado con la Unidad Educativa Fiscomisional La Inmaculada.

El ícono olvidado

Nuestra historia se remonta a finales del siglo XIX y principios del XX. Todo empieza en la franciscana ciudad de Quito, en donde un joven, llevado por su creencia en Dios, su vocación y don de servicio, llegó hasta las aulas del Seminario Mayor, pese a la insistencia de sus padres para que buscara una carrera, profesión u oficio mejor remunerado, más beneficioso. Incluso, se pensaba que sería el sostén de su hogar, pero se inclinó por el sacerdocio, se entregó por completo a él.

Este ícono que la historia olvidó emprendió su viaje en calidad de sacerdote desde la ciudad de Quito hasta la parroquia de Angamarca, cantón Pujilí, lugar por demás inhóspito, en el que solo los más valientes aceptaban cumplir cualquier misión, más aún en calidad de religiosos. Pero su misión evangelizadora no se podía detener. Al poco tiempo de haber llegado a Angamarca, fascinado por el paisaje de las yungas, continuó su viaje a la Costa y llegó a un lugar denominado Pangua, por sus ríos y afluentes, ya que, traducido, el nombre significa 'fuente abundante de agua'. Este fue su primer asentamiento: aquí acomodó un pequeño púlpito y celebró una homilía con pocos moradores.

A los pocos días continuó su viaje y llegó a un lugar muy hermoso lleno de una vegetación exuberante, Zurotambo. Su primer asentamiento fue en lo que actualmente es el barrio Muligua, apenas un anejo, en donde encontró a las primeras familias. La belleza que deslumbró a nuestro ícono motivó que de inmediato se trasladara a Quito con el propósito de dar a conocer este gran hallazgo, ya que nuestro sector era completamente ignorado.

Es de mucha relevancia el espíritu misionero de nuestro personaje, ya que se desprendió de todas las tierras y bienes que poseía en su natal Píllaro. Con ese dinero adquirió, mediante compra al hacendado latacungueño don Pablo Vásconez, una hectárea de terreno en lo que actualmente es el parque central de la ciudad Sagrado Corazón de Jesús, en aquella época provincia de León, actual Cotopaxi. Su alma desprendida y filántropa lo empujó a que lotizara y formara el pequeño pueblo de El Corazón mediante donaciones que hiciera a sus primeros habitantes, migrantes de la provincia de Tungurahua.

Hay que destacar que, con su propio esfuerzo y mediante mingas, se propuso edificar la primera iglesia de nuestra ciudad, que fue de madera. Me imagino el sacrificio entregado para realizar



esta labor. En varias ocasiones emprendió largos y sacrificados viajes a Guayaquil para adquirir el zinc que necesitaba el techo de la iglesia. Se lo transportaba a lomo de mula y tenían que atravesar bravos y peligrosos ríos, desde la Costa hasta nuestro sector. En varias ocasiones enfermó de paludismo, el mal más típico de la época. Una vez culminada su obra evangelizadora, hizo la gestión para que nuestra ciudad fuera consagrada al Sagrado Corazón de Jesús, y por eso hoy lleva dicho nombre.

Quienes hemos tenido el privilegio de ver crecer a nuestro pequeño pueblo, con mucho esfuerzo, con las enseñanzas de nuestros abuelos, con la minga como principal herramienta, con unión, con desprendimiento, con filantropía, estamos convencidos de que nuestro ícono se enamoró de su gran obra y se quedó a vivir para siempre en este hermoso lugar, en donde

el aroma dulce de los cañaverales y del floripondio nos trae sus recuerdos. Esta ciudad, con sus calles empedradas, con su luz tenue y las casitas viejas de madera, nos transporta a aquella época en donde el tiempo se quedó, como diciendo que es nuestro deber dar cristiana sepultura al más grande ícono que ha tenido nuestro pueblo, quien murió en la extrema pobreza, manifestando: "El único delito que he cometido es desprenderme de mis bienes para fundar la ciudad del Sagrado Corazón de Jesús".

Sus restos mortales yacían olvidados en un lúgubre rincón de su misma obra: la iglesia matriz de El Corazón. Actualmente, este ícono de Pangua, el presbítero don Domingo Ramón Campaña, el ícono que la historia olvidó, descansa en su gruta, dentro de la iglesia que él mismo construyó.




MALENY ROCÍO MORALES
nació en Salinas, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Salinas. Su actividad favorita es bailar.

El santo milagroso

Aquel 25 de diciembre que visité con mi familia el santuario de la Virgen de las Lajas fue un día muy lindo, porque compartimos momentos de paz, armonía y especialmente unión, ya que la familia está sobre todo y para todo. Observamos cada una de las placas de agradecimiento colocadas en las paredes, donde las personas agradecían los milagros que realizaba la Virgen.

Cuando nos dirigíamos a la iglesia nos abordó un señor sin piernas; pedía que le colaboráramos económicamente con lo que



tuviéramos. Con gentileza, nos proclamó que la Virgen nos iba a guiar en cualquier camino que recorriéramos. Después de darle lo poco que teníamos, nos empezó a contar la triste y dolorosa historia que había vivido:

"Yo era un niño de apenas siete años cuando en un accidente de tránsito perdí mis dos piernas. Mi madre y mi padre fallecieron; mi hermana, que tenía cinco años, perdió su brazo derecho; y después de tremenda tragedia yo ingresé al Hospital Eugenio Espejo, en la ciudad de Quito.

La medicina para mi tratamiento era muy cara, y no teníamos ningún pariente cerca que nos pudiera ayudar. Mi hermana decidió vender caramelos en las busetas, pero era muy poco lo que conseguía: de ocho a diez sucres cada día. Esto no alcanzaba para

toda la medicación; con lo que ganaba, apenas podía comprar cinco de las pastillas que ayudaban a aliviar mi dolor por unas pocas horas.

Personas de buen corazón ayudaban a mi hermana. Sin embargo, otras que al parecer nunca perdieron a un ser querido se burlaban de ella. Una tarde, en la calle García Moreno, le robaron el poco dinero que tenía.

Fueron muchas operaciones las que debí sufrir, pero al final el padre de una de las iglesias más grandes de Quito decidió ayudarme, y así pasaron los años.

Cierto día, el padre me llevó al santuario de las Virgen de las Lajas, en cuyo museo había muchos santos. Ahí se encontraba aquel al que llamaban 'el santo milagroso'. El padre me aconsejó que comprara una vela, me limpiara el cuerpo y le pidiera con toda la fe que me cuidara y aliviara mi dolor. Eso fue lo que hice, y también le pedí que encontráramos a mi familia. Pasaron aproximadamente tres meses y apareció una mujer que mencionó que era mi tía por parte de padre. Todo fue un grato milagro.

A pesar de que no tengo mis dos piernas, soy una persona feliz, porque gracias a este santo ya no tengo ningún dolor. Desde entonces visito el santuario de la Virgen de las Lajas, porque fue ahí donde conseguí paz y tranquilidad".




GERALDINE NAVIESKA VINUEZA
nació en Quinindé, Esmeraldas, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional Juan XXIII. Su actividad favorita es el CrossFit.

Como si no hubiera un mañana

Hay ciertos episodios de la vida que se graban en nuestra mente. Mientras estaba recostada en mi cama, pensaba por qué pasan muchas cosas, por qué existimos, quién nos creó y cosas así. Entonces recordé que de pequeña tuve una experiencia.

Hasta hoy celebramos algunas tradiciones, especialmente homenajes a algunos santos, pero la que siempre me ha llamado

la atención es la Semana Santa. Un día pregunté a mi bisabuelo por qué celebraban a esos santos y daban de comer a personas que no conocemos. Como saben, era pequeña, no sabía de esas cosas. Con mucha risa me respondió: “No les damos de comer por gusto, es para compartir; si te das cuenta, aquí hay gente pobre, otra con dinero, algunas sin casa, pero en este momento no hay valor social”.

No entendí su respuesta. Entonces él me relató una historia que comenzó en Semana Santa. Como saben, en esta festividad no se pueden hacer cosas malas, no te puedes bañar porque te conviertes en pescado, no puedes bailar, no puedes correr y peor aún puedes gritar y cosas así. Un día de dicha semana, mi bisabuelo se fue de paseo con sus amigos a una finca. Todo era



bonito: bailaban, comían, disfrutaban como si no hubiera un mañana, pero, de un momento a otro, de una palma cayó un coco y comenzó a rodar, simuló bailar y gritó “¡Bailen conmigo, bailen!”. La gente, asustada al ver el suceso, no supo qué hacer: unos corrían, otros gritaban y lloraban. Trataron de agarrar el coco pero este desapareció de repente. Estaban impactados por lo que había pasado, confundidos; no sabían si era producto de la realidad o simplemente de la imaginación, pero su única reacción fue rezar.

Desde ese momento mi bisabuelo celebra la Semana Santa de una manera distinta a la de ese día. Hoy compartimos y disfrutamos de una manera más moderada y se cuenta aquella historia a todas aquellas personas que se interesan en escuchar.

Al principio no entendía nada, pero luego recordé que es el único día que toda mi familia está en reuniones, conoce gente diferente con distintas historias en sus vidas, gente humilde y creyente. Mi bisabuelo nos acompaña siempre, se llama Alicio Tenorio, de ochenta y ocho años; él recuerda esta historia con una capacidad increíble; no se imaginan con cuánta emoción suele relatarla.

Lo mejor de todo es que sigue la tradición y creo que va a seguir por muchos años, porque mi bisabuelo ya no puede contribuir económicamente, pero mi madre y mis tías se encargan de la decoración y los alimentos. Todos aportan, es algo que seguirá de generación en generación: de mi bisabuelo a mi abuela, de mi abuela a mi mamá y de mi mamá a mí, yo seguiré y trataré de que no desaparezca.




EMMA BEATRIZ MUÑOZ
nació en Quito-Chillogallo, Pichincha, en 1967. Trabaja en la Unidad Educativa San Miguel de Los Bancos. Su actividad favorita es escribir poemas, canciones y cuentos.

El Calicanto

Debía tener diez años cuando iba a la escuela con carril y jugando pepo[1] con los niños y niñas que vivíamos en el barrio La Concordia de Chillogallo, un barrio con el camino empedrado, casas de adobe y techos de teja. Allí existía un antiguo y grandioso túnel llamado Calicanto, el cual estaba construido con grandes piedras redondas y rojizas, colocadas arquitectónicamente por antepasados que posiblemente vivieron en la época de la Colonia.

1 Canicas.



“Pero ¿qué tenía de especial este Calicanto?”, se preguntarán. Pues sucede que en este túnel había espacios huecos entre las piedras donde cientos de golondrinas hacían sus nidos. Tal era la población de las copetudas que, al juntarse, formaban un espectro multiforme con muchísimos ojos que se abrían y cerraban misteriosamente. El agudo sonido que emitían sus picos, el aleteo y su peculiar trinar provocaban un temor inexplicable que hizo de este lugar un sitio solitario y tenebroso, a tal punto que nadie se atrevía a cruzar solo por el túnel, mucho menos los niños, porque podían morir de un mal aire.

Las supersticiones de los mayores no se hicieron esperar. Aseguraban que esos ojos brillantes eran de los niños no bautizados que morían al cruzar el Calicanto, y que el sonido

emitido por las diminutas aves negras y blancas eran los lamentos de aquellos desafortunados que desaparecían en los socavones.

El miedo invadió a la población. Las madres evitaban atravesar aquel sitio con sus criaturas, ya que las abuelitas decían:

—El Calicanto es un sitio muy pesado. Si van a pasar por ahí, tienen que santiguarse; si no, van a coger el mal aire, que causa náuseas, dolor de cabeza y escalofríos.

Además, el túnel estaba precedido de una ciénaga cubierta de totoras, pactas y muchísimos berros, unas plantitas que crecen en las acequias de la Sierra y son muy apetecibles por su delicioso sabor, sobre todo al ser preparadas con un locro de papa (que, por cierto, mi madre nos daba para prevenir la anemia).

Un día, mis hermanos, José y Miguel, y yo estábamos pastoreando unas vacas que, atraídas por la fresca hierba que había alrededor del Calicanto y aprovechando nuestra siesta bajo el árbol de eucalipto, se adentraron en el túnel. Al despertarnos, divisamos con pavor que los animales habían entrado a ese lugar tan temido.

Sin pensarlo dos veces, pegamos la carrera a casa y con un llanto desesperado, casi sin poder articular palabras, avisamos a mi padre lo sucedido. Entonces, armados de cruces, velas y sahumerio bendito, mi papá y mis hermanos mayores se dirigieron a rescatar a las tres vaquitas lecheras, que eran parte del sustento de la familia.

Yo, por supuesto, no quería perderme la aventura, y aunque el miedo carcomía mis huesos, me decidí a seguirlos. Una vez en la entrada del Calicanto, todos nos santiguamos y, bajo el amparo de los amuletos, entramos en el túnel perfecto que formaban las piedras arqueadas. Mientras caminábamos, los zapatos de caucho se llenaban del agua que corría en forma de riachuelo, y el calor

y humo que expedían las antorchas hizo que las atolondradas golondrinas dejaran los nidos con sus pichones dentro.

Al pasar ese trayecto, de unos trescientos metros aproximadamente, grande fue nuestra sorpresa al ver que al otro lado había una playita cubierta de picuyi en forma de césped, piedras como colocadas a propósito para sentarse, grandes arbustos de mora silvestre, chímbalos, una que otra mata de uvillas y blancos cartuchos que daban lugar a un ambiente apacible. Era como un pequeño paraíso al final del túnel, al que nadie había entrado por puro temor.

Al rescate se unieron vecinos y curiosos, quienes se encargaron de regar la espectacular noticia. Esto hizo que las cosas cambiaran en el barrio y en la escuela, que por cierto quedaba a unas tres cuadras del Calicanto. Aunque el temor permanecía, los profesores, con la autorización del director, Hugo Martínez, nos llevaban todos los viernes a bañarnos en las cristalinas aguas del riachuelo. Los chiquillos quedábamos fascinados por el espectáculo que brindaban las golondrinas con su trinar y con sus movimientos coordinados. La bautizamos “la danza de las golondrinas del Calicanto”.

Desde ese día, el Calicanto se convirtió en un sitio privilegiado, que trajo adelanto al barrio por la cantidad de visitantes, quienes, por supuesto, antes de entrar seguían rezando y persignándose, por si acaso.

WALTER REINALDO LOACHAMÍN
nació en Quito, Pichincha, en 1973. Trabaja en la Unidad Educativa Mariano Negrete. Sus actividades favoritas son la programación y la lectura.

Mi vida con la yumbada

"Solo quien puede imitar el sonido del pájaro yumbo tiene en su alma la presencia de un cerro". Siempre escuchaba eso de los danzantes antiguos, que soplaban sobre su mano y producían un silbido que se mezclaba con el tambor, el pingullo, los cascabeles, los mates y el aullido de los monos martines. No lo supe sino hasta que lo intenté y sin pensarlo pude hacerlo, tenía diez años.

Provengo de una familia de yumbos radicados en Cotocollao, un lugar lleno de costumbres y tradiciones que aún rondan en mi alma, corazón y mente. Mi abuelito, Segundo Romero, parte de la yumbada desde que tengo uso de razón, me motivó a ser parte de este legado, muy ajeno a la realidad de un mundo globalizado. Esta herencia, con el transcurso del tiempo, se ha ido perdiendo debido a la situación económica y a la falta de jóvenes que acepten el reto de ser parte de la cultura yumba.

Recuerdo que, cuando niño, esperaba con ansias las fiestas de Corpus Christi, entre junio y julio, y las fiestas de san Sebastián de Carretas, en noviembre. En esas fechas, los danzantes preparaban sus hermosos trajes para lucirlos durante ocho días: cinco de ellos eran para recoger a los yumbos (tambonero-pingullero, monos martines, yumbas, aucas y mates), que vivían en las poblaciones aledañas al norte de Quito, que ahora se conocen como La Bota, Comité del Pueblo, Marianas, San Luis de Calderón, Ponciano, Velasco, Santa Anita, Catzuquí y Cotocollao. El recorrido se hacía a pie, cruzando los bosques, siguiendo chaquiñanes, o por la carretera, en ese entonces de piedra. Se descansaba únicamente en la casa del yumbo en la cual caía la noche.

Como era costumbre, el primero en salir era Mamaco, el tambonero-pingullero, acompañado del cabecilla o guiador de la yumbada y del mono mayor, llamado Martín, encargado de cuidar a todos los guaguas danzantes y de contagiar con su alegría al público.

El día sábado estaba destinado a celebrar las vísperas de la fiesta, y empezaba con el antialbazo, después de que los yumbos hubieran bailado toda la noche y la madrugada, hasta las cinco y media de la mañana. Esos rayos de sol, de vitalidad y fuerza movían a cada danzante con vigor.

Transcurridos ya seis días de baile, el cabecilla entregaba al prioste todos los guaguas que lo habían acompañado. En ese momento, cada yumbo revelaba el nombre del cerro, montaña o volcán que le había dado fuerza: Rucu Pichincha, Guagua Pichincha, Antisana, Santa Elenita Tungurahua, Por Siempre Corpus, Iliniza, Cayambe, Imbabura, Cotopaxi, Corazón, Sincholagua, Rumiñahui… Entonces, el prioste daba cordialmente la bienvenida y la banda de pueblo empezaba a tocar el tradicional tema "La yumbita". Terminado esto, era el momento de traer de la casa del prioste la imagen de san Sebastián, patrono de los yumbos, para que presidiera la fiesta. La noche terminaba con la quema de la chamiza y de los castillos, acompañada de una deliciosa pamba mesa en la casa de los priostes, exactamente a las doce de la noche, que, según los mayores, era la hora en que los cerros, montañas y volcanes tomaban forma humana para salir de su letargo.

El domingo se convocaba a toda la yumbada a las ocho de la mañana a tomar la plaza para iniciar el baile, esperar la santa misa y la procesión por las calles aledañas, junto a Corpus Christi y San Sebastián. Ya cerca del mediodía, todos los yumbos se preparaban para compartir la pamba mesa, mezcla de alimentos —en la cosmovisión, partes de la Pachamama— que hace a los asistentes un solo cuerpo, un solo ser. Se terminaba con la "matanza del yumbo" o "*cuchi japi*", que simbolizaba sacar todo lo malo del cuerpo y de la mente para tomar nuevas energías y revivir con todo lo positivo en el *shunko*[1]. Finalmente, se despedía a la gente con el baile del curiquingue —en el que se demostraba la habilidad del yumbo para la danza—, junto al canto de coplas de despedida a los priostes y al cabecilla, hasta el año siguiente.

1 Corazón.



Tengo 45 años, de los cuales 35 he pertenecido a la yumbada. La conexión con los cerros ha sido y será fuerte; en ocasiones nos ha dado el "mal aire" o dolores fuertes en todo el cuerpo, cuando nos han "golpeado los cerros". Inclusive, por extraño que parezca, se han podido evidenciar los golpes en forma de látigo en las piernas y espalda, sobre todo cuando salimos a bailar sin querer o de mala gana.

El volcán que me da fuerza en la yumbada es el Corazón. Aun sin conocer de su existencia me fue revelado a través de un sueño a la edad de quince años, previo a una fiesta de San Sebastián en la cual iba a danzar mi abuelito. Soñé que cuando me preguntaba el nombre el cabecilla de ese entonces, don Pedro Morales, me abrazaba y me decía:

—Bienvenido, cerro Corazón. Tú eras el que faltaba. —Y de repente una brisa helada me hizo levantar de mi cama cerca de las doce de la noche.

Pasó el tiempo y tuve la oportunidad de conocer Machachi y el cerro Corazón; pude dormir en sus faldas a la edad de dieciocho años, mientras cumplía el servicio militar. Durante la guardia volví a sentir fuertemente la brisa de años atrás, y pude observar a un ser totalmente blanco que estaba a unos doce metros de distancia de donde me encontraba. Fue algo inexplicable. En aquel tiempo les dije a mis compañeros que no me gustaba el lugar donde nos encontrábamos por el frío.

El destino, por querer mantenerme cerca del cerro, puso en mi vida a mi linda esposa, Rosa Changoluisa, nacida en Machachi, a quien tiempo después conocí en la universidad. Ahora, día y noche veo a este hermoso cerro-volcán, a veces seco y cálido, otras nevado y frío, y cada vez que bailo y me preguntan "¿Cómo te llamas?", con orgullo digo:

—Soy el Corazón.

Los cabecillas, a través del tiempo, me han ubicado en primero y segundo lugar dentro del baile. Algunas veces he sido "tras gobernadora" (segundo cabecilla) y otras, "gobernadora grande" (cabecilla). Bailo de yumba porque me gusta y me siento muy bien vestido con vistosos anacos y blusas, lleno de plumas de colores, y porque la herencia de nuestros abuelos tiene que estar siempre latente.

Los yumbos hemos vuelto a danzar porque es tiempo de corazonar[2], por el bien de todos. Además, estoy muy contento de pertenecer a un patrimonio cultural inmaterial desde el año 2013, y danzaré mientras Dios me siga bendiciendo con la salud, la vida, el trabajo y el amor de mi familia.

---

2 Bailar con el corazón.




PETER UBIDIA
nació en Cotacachi, Imbabura, en 1969. Actualmente es comunicador social y docente. Su hija Micahela Ubidia estudia en la Academia General Carlos Machado Arroyo.

Los fuegos artificiales no son un juego

Ecuador es un país de fiestas. Y como buenos ecuatorianos, siempre intentamos poner ese elemento de alegría, conjugando la algarabía y el peligro, pues, equivocadamente, pensamos que ahí está la atracción de toda fiesta. La Navidad no es la excepción.

En Cotacachi, provincia de Imbabura, vive gente sencilla y apegada a las tradiciones populares. La Pasada del Niño comienza el 16 de diciembre, y los diferentes barrios están encargados de realizar esta celebración previa al gran nacimiento del hijo de Dios.

En el barrio Cachipugro, en la calle Bolívar, habitamos aproximadamente unas ochenta familias, mayoritariamente católicas; la principal Pasada del Niño, la que se desarrolla la noche del 24 de diciembre, es nuestra responsabilidad. Todos nos preparamos para ello, y yo con más razón, pues como presidente de la directiva, ayudo a afinar cada detalle para que el gran evento salga tal como todos lo esperan: con banda de pueblo, con vecinos que representan a cada personaje que formó parte del nacimiento de Jesús y, claro, con juegos pirotécnicos de diversos estilos y colores. Sin duda alguna, elevan el ánimo de la gente. A otros los asusta, pero esa es la costumbre.

Una tradición local es que la noche anterior, es decir, la del 23 de diciembre, todos los vecinos acuden a la iglesia para asistir a la misa del barrio 24 de Mayo y, al final, recibir al Niño Jesús y trasladarlo a la casa de algún vecino, para que allí duerma en medio de la fe y compañía de nuestra gente, especialmente de los más pequeños. Con los miembros de la directiva estuvimos allí cumplidamente, pero a la salida de la misa quien faltó fue la persona encargada de reventar la pirotecnia, y por decisión de la vecindad quien tenía que asumir esa función de emergencia era el presidente.

De niño siempre tuve temor a este tipo de artefactos, pero asumí el reto. Con un cigarrillo encendido acerqué la lumbre al “trueno” o “papa trueno”, ubicado en la esquina de El Portal, sitio emblemático de nuestra ciudad que adorna inigualablemente el parque principal. Sin embargo, la mecha de diez centímetros no

prendía. Primer intento, nada. Segundo intento, tampoco. Soy diestro; por lo tanto, lo hacía con mi mano derecha.

Al ver frustrado mi objetivo, descansé, fumé mi cigarrillo, cómplice de esta barbarie, y decidí intentarlo de nuevo, pero ahora con la mano izquierda. Hasta ahora no entiendo por qué cambié de mano. No salía humo; es decir, teóricamente, no estaba prendido, pero el destino me engañó. Cuando me incliné y puse la lumbre en la mecha, el artefacto explotó.

Recuerdo un instante de luz intensa en mi mente. Cinco segundos después me envolvió una tenebrosa obscuridad, acompañada de un ruido suave al inicio y que luego, lentamente, comenzó a volverse ensordecedor. Entonces recuperé la conciencia. Vi gente a mi alrededor que me miraba con rostros asustados y sin movimiento. Comencé a entender lo sucedido. Giré lentamente para ver mi mano izquierda y no la encontré, pues la explosión la había mutilado casi en su totalidad. Una verdadera pila de sangre evidenciaba lo sucedido.

La gente se acercó. En ese momento estacionó un taxi y me llevó al hospital. Mi pañuelo sirvió como vendaje de emergencia. Los médicos determinaron que allí no había nada que hacer, pues la gravedad ameritaba el traslado urgente a Ibarra. La ambulancia estaba lista, todo ocurrió en minutos. El dolor por la quemadura comenzó a decir "¡Aquí estoy!"; se volvía cada vez más intenso. Recuerdo que mi madre se despidió al ingresar a la ambulancia. Mis hermanos —Lenin, que ya no está y que tanta falta nos hace, Tania, Danilo, Tayron y Jimmy— ya estaban allí.

Al llegar al hospital de Ibarra, el mismo cuento: "Ya no hay nada que hacer, hay que trasladarlo a Quito", pero la situación se complicaba, pues el dolor actuaba y era necesario inyectar

medicamento para controlar en algo el sufrimiento y también el funcionamiento del corazón.

Camino a Quito, en la ambulancia, con el pensamiento en mis hijos, mi esposa y mi familia entera, traté de soportar el terrible resultado de la explosión. El médico y la enfermera tres o cuatro veces me inyectaron para calmar el dolor y prevenir un infarto. Mis hermanos Tania y Danilo me daban fuerza moral, pues no había nada más que hacer. Los vendajes se tornaban rojos de tanta sangre que corría. Parecía una eternidad, hasta que al fin llegamos al Hospital Andrade Marín; allí el personal ya me esperaba. Mis familiares quiteños también, entre ellos mi primo Eduardo.

El ingreso a Emergencias fue otra escena espeluznante, pero al mismo tiempo reconfortante, pues en la sala había no menos de diez personas recostadas en cada camilla, cada una con su historia diferente. Junto a mí, un señor de aproximadamente treinta años sufría por la explosión de un petardo en su estómago; estaba destrozado, y yo también, con los dolores insoportables gritaba incansablemente.

Finalmente se acercaron dos médicos bastante jóvenes y me inyectaron un líquido salvador. Me quitaron el vendaje ensangrentado, analizaron la situación y llegaron a un veredicto, el que yo suponía, porque volví a ver la crudeza de mi accidente. Con una actitud tranquilizadora y directa, el joven médico me dijo:

—¿Ves al señor de al lado? Él tiene pocas probabilidades de vivir, pues perdió todo su estómago y una pierna. Tú no te morirás, pero tienes dos alternativas: te dejamos el pulgar con una parte de la palma, que fue lo que quedó, o te amputamos hasta la muñeca. La idea es que con la primera no podrás utilizar prótesis, pero con la segunda tienes esa alternativa. —En cuestión de segundos, la decisión estuvo tomada.



Dos días después, la operación se cristalizó. Mientras tanto, mi familia sufría otra desgracia que todos me ocultaban, pues mi primo Eduardo, que había estado en el hospital para darme fuerzas, murió de un infarto en Otavalo. Esa terrible noticia me afectó posteriormente.

Luego de la operación, tuve a tres médicos al pie de mi cama, acompañados de una psicóloga, una enfermera y una nutricionista, listos para sacar el vendaje y prepararme para mi primera impresión, la cual, según los entendidos, es la que te marca el trauma para toda la vida. La recibí con valentía. La psicóloga no tuvo trabajo que hacer, pues yo estaba preparado para ello; desde el momento del accidente sabía que iba a perder la mano.

El amor de mi familia y la solidaridad de tanta gente, a nivel de toda la provincia, me ayudaron para viajar a Aguascalientes, México, a obtener una prótesis electrónica. Posteriormente, el Gobierno nacional y el IESS se hicieron presentes con una prótesis manual.

Jamás olvidaré la noche del 23 de diciembre del 2010. Con la ayuda de Dios, de mis compañeros de la Universidad de Otavalo, de la UNP, de aquellos amigos y conocidos que de todas partes se hicieron presentes y, obvio, de mi familia y de todos los que me rodean, he salido adelante sin complejos, pensando que fui aventajado al perder solamente la mano, y la izquierda, pues la desgracia pudo ser mayor.




NANCY PATRICIA ACUÑA
nació en Quito, Pichincha, en 1969. Trabaja en la Unidad Educativa Juan Montalvo. Su actividad favorita es la docencia.

Anécdota navideña

Comenzar a escribir es algo muy preocupante, porque al final no sabes el resultado que tendrá tu relato. Las ideas están como dentro de un volcán, fraguándose y disparándose, y quieres que una de ellas escape fugazmente para atraparla y, como una maraña de hilo, empezar a enrollarla dándole forma y sentido.

La Navidad es la época en la que yo me sitúo, pues constituye la fuente de mis mejores recuerdos y momentos de vida en

familia. Siento el aroma de esta fecha a través de los deliciosísimos quimbolitos que mi madre preparaba, con la ayuda —lógicamente— de sus hijos e hijas.

Aquello siempre constituía una hazaña, desde el momento en que junto a mi madre salíamos al mercado de San Francisco, ubicado en las calles Cuenca y Rocafuerte, ahora un parque, frente al convento y capilla de Santa Clara. El ingreso al mercado era un tanto oscuro, puesto que las hierberas estaban ubicadas al final y por allí no había ventana o tragaluz por el cual se filtrara una chispa de claridad. El olor, todavía a naturaleza, era inconfundible, al igual que los gritos de las vendedoras.

Nos acercábamos a comprar las hojas de achira y, una vez con estas, nos dirigíamos más arriba, frente a la iglesia de San Roque, al molino; era un local grande en el cual se vendía todo tipo de harina y creo que también granos. Comprábamos la harina de Castilla y de vuelta a casa, en pleno Centro Histórico. Comprenderán qué difícil era atravesar aquellas cuadras entre tantos vendedores y los artículos que ofrecían a los transeúntes.

Ya en nuestro hogar, mis hermanas, mis hermanos y yo nos poníamos junto a mi madre para recibir las sabias instrucciones. Mi hermana mayor ayudaba con la elaboración de la masa, mi hermana menor y yo lavábamos las hojas, en tanto que mis hermanos las secaban e iban limpiando el desorden que dejábamos después de hacer lo que nos correspondía. Y mi padre, ah, él se encargaba de motivarnos en la tarea culinaria y publicitaba los manjares que mi madre preparaba al traer a sus amistades para que los degustaran.

El alboroto familiar y afable se daba en la cocina, en el comedor y en la sala, además de la ambientación musical con el disco



de los Pibes Trujillo: las melodías más agradables que hemos escuchado a lo largo de nuestra infancia, en época navideña. Las escuchábamos sin cansarnos, una y otra vez.

Ya sobre la hornilla de la cocina, puestos en la olla tamalera, estaban los quimbolitos. Mientras se cocinaban al vapor, nosotros continuábamos con la elaboración de los pristiños, gracias al manual de cocina amigo de mi madre, denominado *Cocinemos con Kristy*, reliquia invaluable, del que salían los platos magistralmente realizados por mi madre y halagados por todos quienes los probaban. Qué agradable era mirar la satisfacción en el rostro de mis padres y el orgullo de presentar a quienes estábamos detrás de tan exquisitos manjares.

Mis padres, profesionales, también vivían entregados a sus trabajos. Esto hacía que de lunes a viernes casi no los viéramos. Tenían a todos sus hijos educándose en escuelas y colegios particulares y religiosos, pues sentían la necesidad de que sus valores, al igual que su credo, se fortalecieran.

Pero continuemos con la época más maravillosa de mi vida. En la noche, se procedía en torno al pesebre o nacimiento (sin exageración, era el nacimiento). Nos sentábamos todos a rezar la novena de Navidad, con el infaltable disco de los Pibes Trujillo, en tanto que el aroma de la miel de los pristiños inundaba nuestro hogar.

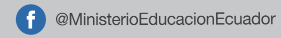
Aprendí a leer muy rápido, creo que leí primero y después hablé con claridad. Me gustaba que me dieran más turnos para leer los textos de la novena, los misterios del rosario y las letanías, situación que molestaba a mis hermanos, puesto que ellos también querían leerlos. Al final de la novena nos entregaban las famosísimas sorpresas, que cada vez se hacían más interesantes. Las luces del nacimiento y del árbol de Navidad hacían que la casa tuviera un brillo más espectacular que el de otras del barrio.

Mi madre con dulzura y mi padre con más fuerza y ternura nos abrazaban, nos llenaban de besos y palabras cariñosas. Dándonos la bendición, nos dejaban en nuestras habitaciones hasta el día siguiente. El 24 a las doce de la noche acudíamos a la Misa del Gallo en la iglesia de La Merced con la imagen de nuestro Niño Jesús. Al salir de allí todos lanzábamos los pétalos de las rosas a mi madre o hermanas, que traían la imagen, y después nos servíamos la cena con platos diversos. Al término de esta, proseguíamos con la entrega de regalos: muñecas, juegos de té, sets de ollitas, cocinas, pelotas, carros, besos, abrazos,

respeto, fraternidad. Íbamos a los balcones y recogíamos los zapatos en los que Papá Noel nos dejaba dinero para compartir con los niños y niñas de bajos recursos económicos. Qué tiempos más hermosos que viví, sin que interrumpiera nuestra felicidad y convivencia ni rompiera aquellos momentos únicos y enriquecedores ningún artefacto tecnológico.



Seres de la naturaleza, duendes, personajes religiosos o de la cultura popular ecuatoriana son algunas de las figuras que encontrarás en este libro lleno de magia. También podrás leer anécdotas y descripciones sobre las tradiciones de nuestro país. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.














Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec